

UNAMUNO Y LA HISTORIOGRAFIA

*A Manuel Fernández Álvarez, en
testimonio de profundo afecto.*

A lo largo de toda su obra —y no perdamos de vista que en el caso de don Miguel ésta se confunde indistinguiblemente con su vida— el Rector de Salamanca se nos muestra intensamente inquieto por el pasado humano, para precisar más por su conocimiento histórico, único naturalmente asequible a los venideros. Y de ahí que en el caudal de lecturas¹ que le enriqueciera, y a las que él a su vez, re-creándolas, sobre todo en esos deliciosos diálogos con nosotros lectores suyos, a propósito de ellas, devolvería riqueza, no sean desdeñables las historiográficas.

Naturalmente, no podíamos pensar que la fuerte personalidad de Unamuno, que a cuanto tocaba imprimía carácter, se hubiese limitado en este campo a valorar en más o en menos el género literario, sin sentir a la Historia misma². Pero es el caso que en esos sus perpetuos genio y figura de sentidor más que de pensador³, en torno a aquella llegó a una penetración particularmente profunda⁴, la cual le llevaría a aproximarse un tanto como profano precursor a las más nuevas corrientes de nuestras ciencias humanas en tal palenque, por mucho que su incondicionado individualis-

¹ Apreciación de las lecturas de Unamuno, en MADARIAGA: *De Galdós a Lorca* (Buenos Aires 1960) pp. 132-3. Hay que gemelarlas con su epistolario.

² Recordemos cuanto complacía a don Miguel citar la frase de don Marcelino, de que la mística no era un género literario.

³ Es imposible, no ya valorar, sino ni siquiera entender a Unamuno, si no se pone por encima de su elemento intelectual el sensible. Dejémosle hablar sobre la misma cuestión a él: "—Porque tú —le dije— debes saber distinguir entre el escritor, o si quieres el esteta, y el hombre que escribe y escribe con su sangre, y con el meollo de su tuétano y da su vida al escribir; tú debes saber lo que va de comentar la guerra a poner el corazón en ella. No, tú no puedes, tú no debes sumarte a los que se burlan de la guerra de pluma y pretenden que cuando truena el cañón debe callarse la palabra... —¡Sí —me contestó burlescamente—; los unos derraman sangre; los otros derraman... tinta! —¡Tinta que es muchas veces sangre —exclamé exaltándome—, más propia sangre que la otra, que a las veces no es sangre propia, aunque lo parezca, sino sangre vendida... o acaso vino!" (*En la paz de la guerra*, publicado en *La esfera* en 1916; *O.C.*, IX, p. 860. Citamos siempre por la ed. García Blanco, Madrid 1958). Acordes. ¡Sólo que hay esteticismos que también se viven en sangre y no se aspiran en agua de rosas!

⁴ Remitimos a nuestro *Unamuno y la Historia*, en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, XXI (1917) 103-156.

mo y su obsesión de ultratumba le mantengan alejado de la base sociológica y la orientación marxista de las mismas⁵.

El fruto de tal entrañable inquisición cuajó en una noción y una palabra: la intra-historia. Frente a la historia evenemencial, concebida como una trama de sucesos aparatosos ventilados entre una minoría de protagonistas aparentes, el auténtico pasado humano sentido como un lento y hondo divagar callado de la especie toda, que al sucederse a sí mismo, y superada por supuesto la mera biología, engendraría lo que él llamaría "la tradición eterna".

Y ni que decir tiene que las preferencias historiográficas unamunianas gozaban las creaciones más próximas a esa su concepción. Y viceversa. ¡Cuánto daríamos, *ad exemplum*, porque nos fuese dado gustar sus impresiones de esa obra maestra que nunca pudo gustar, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, de Fernand Braudel! Es difícil leer, sin recordar a nuestro Rector, estas sus líneas clave, que por otra parte poco menos que al azar han sido tomadas: "Passer de la Méditerranée proprement dite, telle que la définit son climat, à la plus grande Méditerranée sur laquelle elle rayonne, c'est passer d'une unité physique à cette unité humaine vers laquelle s'oriente notre livre. Celle-ci n'est pas seulement le fait de la nature, ou plus spécialement de l'eau méditerranéenne. L'eau est tout ce que l'on a dit qu'elle est: union, transport, échange, rapprochement, à condition que l'homme s'y efforce, accepte de payer le prix. Elle est aussi, elle a même été longtemps séparation, obstacle dont il a fallu triompher... Ce n'est pas l'eau qui lie les régions de la Méditerranée, mais les peuples de la mer. Vérité banale, qu'il importe de redire, en ce domaine où tant de formules et d'images égarent comme à plaisir"⁶.

No es cuestión de repetir aquí lo que desde esta misma tribuna y bien poco hace hemos escrito acerca de Unamuno y la Historia misma. Y su ampliación supondría una tarea de mucha más envergadura que ahora no podemos emprender. Pero no tenemos más remedio que destacar algunas

⁵ Medite el lector si en las líneas que vamos a transcribir de Pierre Chaunu no se divisa la intra-historia unamuniana: "Bien sûr, le modeste port de Manille n'est pas toutes les Philippines, les Philippines sont moins encore toute l'Asie, elles ne sauraient prétendre parler pour deux siècles et demi au nom des trois cinquièmes de la descendance d'Adam. Qui oserait prétendre, pourtant, qu'aucune parcelle de l'Asie ne se reflète dans ces cartes et ces graphiques que nous avons, au prix de quels efforts, extraits des centaines de liasses miraculeusement préservées des comptabilités de Manille et d'Acapulco? Points qui s'étalent en taches sombres (l'Inde au XVIII^e siècle), taches qui traversent les siècles (la Chine du XVI^e au XVIII^e), taches à peine perceptibles de l'Insulinde, des Moluques, des Mascareignes, ... point blanc des mineurs de Zacatecas, et peut-être, un peu aussi, des Indiens morts de fatigue dans les mines de Huancavelica et du Potosí, destins de millions d'hommes, destins prosaïques, douloureux, millions anonymes, millions modestes. Ce petit livre vous est dédié" (*Les Philippines et le Pacifique des ibériques, XVI^e-XVII^e-XVIII^e siècles*; parte gráfica, París 1966, p. 73).

⁶ Ob. cit. en el texto, 2.^a ed., París 1966, p. 253.

de las notas de su visión del pasado y de la evolución humanos, precisamente las que, presentes en más o en menos, o ausentes del todo, en los historiadores, eran la causa de que estos, como tales, incurriesen en sus filias o en sus fobias.

Hacia la esencia de la Historia

Don Miguel buscó siempre en la historiografía lo verdaderamente trascendente del pasado humano, lo auténtico y no lo anecdótico, lo que de esas intrahistoria y tradición eterna a que arriba hemos debido de aludir podía ser captado a través de cualquiera de los cortes verticales u horizontales del tiempo a que los historiadores, por servidumbre de su ministerio, vienen obligados. De ahí su repulsa de la literatura histórica eventencial, su hincapié en los hechos frente a los sucesos, su desdén por el positivismo histórico, y su condena de las obras historiográficas que, aun sin falsear ninguno de sus datos y acumulando estos copiosamente, faltaban a la verdadera reconstrucción de lo que fue, por dejarse ocultar el bosque por los árboles, y así edificaban una historia falsa con detalles verdaderos. Contrapartida era su indulgencia para con las inexactitudes minuciosas, cuando el telón de fondo estaba bien dibujado. En este sentido, su postura no puede resultar más moderna. Ni él mismo pudo sospechar que tanto se acercaba, al así pensar y sentir la Historia, a los artifices de la concepción más nueva de la misma, por mucho que superficialmente se hubiera visto alejado de ellos, a causa de su menosprecio de la Sociología y su incompatibilidad con los postulados y escolios del materialismo marxista⁷.

Un ejemplo muy ilustrativo, lo tenemos en su estimación del *Libro de las peregrinaciones asiáticas*, de Fernán Méndez Pinto⁸:

Por mucho tiempo se le acusó a Fernán Méndez Pinto de embustero y hasta se le llamó Fernán Méndez *Minto*, esto es: miento. Pero este juicio ha sido rectificado en gran parte. Méndez Pinto, que era un artista, un hombre de poderosa imaginación, y que escribía años después de sus azorosas peregrinaciones, lo más seguramente de memoria y sin notas, apuntes o recordatorios, adornó sin duda su relato, y las traducciones de cartas y los discursos que nos da, imitando el estilo oriental, parecen ser producto de su fantasía reconstructiva, pero la verdad sustancial, la verdad estética⁹, debe de ser muy grande. *Y por lo tanto la verdadera verdad histórica.*

⁷ Cf. sin embargo, para notar la estimación que todavía en 1898 sentía don Miguel por el factor económico en la Historia, y que le llevara a enfrentarse entrañablemente con Ganivet, su correspondencia con éste a ese propósito; *O.C.*, IV, pp. 986-1015. Se recogió en el libro del granadino, *El porvenir de España* (Madrid 1912).

⁸ *Primera visión europea del Japón*; *O.C.*, VIII, pp. 1048-9.

⁹ Notemos aquí cómo para don Miguel la estética era algo más profundo que una tarta de almíbar encerrada en una torre de marfil, a pesar de la cita que

Y notemos que la valoración de don Miguel, como en el caso de otro portugués, este contemporáneo, Antero de Figueiredo, según veremos, no era literaria, sino plenamente historiográfica. El lugar que a la imaginación en su escala estimativa concede, lo hace pues, desde un punto de vista histórico, y sin perder de mira, sino antes bien teniéndola como señuelo, a la verdad misma de la Historia.

Oigamos un momento a Henri-Irenée Marrou, concordando con nuestro rector, y ya como historiador de profesión, y no sólo como teórico, por nada preconcebir al decir filósofo de la Historia, cuando escribe que "non, il n'existe pas une *réalité historique*, toute faite avant la science qu'il conviendrait simplement de reproduire avec fidélité: l'histoire est le résultat de l'effort, en un sens créateur, par lequel l'historien, le sujet connaissant, établit ce rapport entre le passé qu'il évoque et le présent qui est le sien"¹⁰.

Pero no dejemos todavía a Fernán Méndez Pinto. Veamos cómo a propósito suyo se complace don Miguel en desdeñar la inexactitud o concordancia de los sucesos, que no de los trascendentes "hechos" históricos¹¹:

Ciertamente, Fernán Méndez Pinto no era, para bien de la literatura portuguesa, eso que se llama un erudito ni un investigador profesional, casi un espía como si dijéramos. Y por eso acertó con *la verdad sustancial y esencial*, con la que casi nunca el espía, el infame mercenario de la investigación malévola. [...] Sus inexactitudes, o mejor ornatos, son de origen estético, y acaso para hacerla resaltar mejor *la verdad sustancial e íntima de las cosas*. [...] La estadística le importaba poco¹². Y el caso es, como toda persona de juicio lo sabe, *que hay obras históricas y estadísticas en que no hay ni un solo dato equivocado y el conjunto es una gran falsificación, y otras en cambio henchidas de inexactitudes estadísticas, de fechas trastocadas, de nombres trabucados, que palpitan de verdad íntima y sustancial*¹³.

hacíamos en la nota 3. Su posición frente al esteticismo creemos que está virgen de estudiar.

¹⁰ *De la connaissance historique* (París 1962) p. 55.

¹¹ *O.C.*, VIII, pp. 1051-2.

¹² Aunque la más nueva historiografía, de la que, lo repetimos, bien cerca estaba don Miguel, acaso sin quererlo, tiene en la estadística una de sus muletas, no estaría de más a algunos de sus cultores una reflexión, actual que no "histórica", sobre estas líneas unamunianas. Cf. M. ARTOLA: *Textos fundamentales para la historia* (Madrid 1968) pp. 13-4. Relacionémosle con R. DE ABADAL: *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, XIV (1966) pp. ix-xiv.

¹³ Notemos cómo don Miguel aparece aquí tan moderno, que casi se está anticipando a la próxima generación de historiadores, y a la palinodia que acaso algunos cultores de la actual habrán de entonar. La estadística, sí, pero no *über alles*.

Volvamos a confrontarle con Marrou, cuando éste ejemplifica¹⁴: “Dire que Napoléon a débarqué au golfe Juan le mercredi 1^{er} mars 1815, un peu après une heure de l’après-midi, est certes une vérité bien établie, qu’on peut considérer, à la limite, comme objective, mais ce n’est pas encore, à elle seule, une vérité “historique”, car sa vérité objective ne concerne pas proprement une réalité humaine: l’objet “Napoléon” n’y est envisagé, à prendre les choses strictement, qu’en tant que mobile décrivant une trajectoire à la surface de la terre. Nous pénétrons dans le domaine propre de l’histoire à partir du moment où, autour de ce noyau de réalité objective, nous ferons graviter des valeurs: cet homme “Napoléon”, c’était l’empereur déchu, revenant de l’île d’Elba; il était animé de tels projets, risquait telles chances, etc. Or l’évocation, la reconstitution de cet ensemble de valeurs, nous l’avons bien montré, suppose une intervention active de l’esprit de l’historien”.

Acabamos de ver una estimación de esos mismos factores esenciales, a la luz del psicologismo histórico, idéntica —y al decir psicologismo no minusvaloramos lo colectivo en aras de lo individual, puesto que no todo es convencionalismo ni retórica en la psicología colectiva, como la Historia de las mentalidades nos ha demostrado con creces— a la de nuestro Rector.

Y ahora dejemos paso al mismo Lucien Febvre, encarándose ya concretamente y muy de cerca, con esos hechos para los cuales el positivismo histórico era tan pacatamente ciego que reducía a su verificación todas sus tareas —sucesos y no hechos, en la terminología de don Miguel—: “Les faits, ces faits devant lesquels on nous somme si souvent de nous incliner dévotieusement, nous savons que ce sont autant d’abstractions entre qui nous choisissons nécessairement”¹⁵.

Psico, que no socio

¡Que encanto el de estos antiguos cronistas portugueses! Tenían una intuición modernísima de la historia, *aunque acaso más psicológica que sociológica como hoy se diría*.

Así escribía¹⁶ don Miguel. Pero no creamos que la densidad histórica se compendiaaba para él en los avatares anímicos de los personajes, a veces superficiales y ocasionales, protagonistas de la historia evenemenacial —con minúscula—. No. Era la psicología humana, demasiado humana si queremos, la que él valoraba como materia del tejido de la urdimbre de la Historia —con mayúscula—. Y por ende la de los millones de antepa-

¹⁴ *Comment comprendre le métier d’historien*, en *L’Histoire et ses méthodes* (Paris, Encyclopédie de la Pléiade, 1961) p. 1525.

¹⁵ *Combats pour l’Histoire* (Paris 1953) p. 23.

¹⁶ *O.C.*, VIII, p. 1060, *Sobre la tragedia del príncipe constante*.

sados anónimos artesanos de la intra-historia. Al lado de los héroes, desde luego. Pero, insistamos en ello, de los suyos, de los de su heroísmo, cuales lo fueron don Quijote y Sancho hasta el extremo de hacerle re-crearlos, no de cualesquiera héroes aparentes de esa sobrehoz política y militar¹⁷ a que para muchas producciones, que no creaciones, historiográficas, se reduce la Historia misma. De ahí que entre la aversión sociológica unamuniana y las palabras de Fevbre¹⁸, "il n'y a pas d'histoire économique et sociale. Il y a l'histoire tout court, dans son unité. L'histoire qui est sociale tout entière, par définition", no haya que salvar un abismo. Que el culto que sintiera por sus arquetipos no pueda ser honradamente entroncado con una cierta concepción aristocrática de la Historia, sin que ello implique su adscripción a las corrientes de masa de la misma, salta a la vista desde los liminares de su *Vida de don Quijote y Sancho*. Notemos su despreocupación por el hacer colectivo y la responsabilidad social de sus protagonistas —que pasaron a serlo, no lo olvidemos, desde el patrimonio cervantino:

Y si alguno te viniera diciendo que él sabe tender puentes y que acaso llegue ocasión en que se deba aprovechar sus conocimientos para pasar un río; ¡fuera con él!, ¡fuera el ingeniero! Los ríos se pasarán vadeándolos o a nado, aunque se ahoguen la mitad de los cruzados. [...] Para ir en busca del sepulcro basta la fe como puente. [...] Procura vivir en continuo vértigo pasional, dominando por una pasión cualquiera. Sólo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas. [...] Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán a tu lado, aunque no los veas. Cada cual creará ir solo, pero formaréis batallón sagrado: el batallón de la santa e inacabable cruzada. [...] ¡No, amigo, no! Cuando pases junto a un cotarro tápate los oídos, lanza tu palabra y sigue adelante, camino del sepulcro¹⁹.

Por si la previa explicación que antecede no fuese bastante, notemos la clara confesión individualista con que pasa a comentar la primera salida del hidalgo:

El caso es que por cualquier puerta se sale al mundo, y cuando uno se apresta a una hazaña no debe pararse en por qué puerta ha de salir. [...] Como Cristo Jesús, de quien fue siempre don Quijote un fiel discípulo, estaba a lo que la aventura de los caminos le trajese. El divino Maestro, yendo a despertar de su mortal sueño a la hija de Jairo, se detuvo con la mujer de la hemorragia. Lo más urgente es lo de ahora y lo de aquí; en el momento que pasa y en el reducido lugar que ocupamos están nuestra eternidad y nuestra infinitud. [...] No salía él a aplicar ordenamientos de

¹⁷ Vg. los protagonistas de *Héroes*, de Bernard Shaw.

¹⁸ *Combats* cit., p. 20.

¹⁹ *O.C.*, IV, pp. 80-2.

antemano trazados, sino a vivir conforme a como los caballeros andantes habían vivido; su dechado eran vidas creadas y narradas por el arte, no sistemas armados y explicados por ciencia alguna. A lo que conviene añadir, además, *que por entonces no había esta cosa que llamamos ahora sociología por llamarla de algún modo*. Y conviene veamos también en esto de dejarse llevar del caballo uno de los actos de más profunda humildad y obediencia a los designios de Dios²⁰.

La imaginación al servicio del historiador

De su menosprecio del rigorismo y su estimación por las visiones de lo esencial del pasado, se deduce la valoración como tal de la misma. Y no ha retrocedido de hacérsola ver expresamente:

Su fantasía llegó a profundidades a que la fatigosa y la fatigada ciencia de otros no ha llegado.

Así ponderaba a una de sus debilidades historiográficas, Oliveira Martins²¹.

El historiador, hombre de pasión

Su botón de muestra, para descubrimos tal concepción, es un libro portugués de sus días, a que arriba aludíamos, *Don Pedro e D.^a Inés*, de Antero de Figueiredo. De la historia, tan portuguesa, de la tragedia erótica de su rey del XIV, sinónimo del de Castilla y como este también apodillado el Cruel, y de doña Inés de Castro. Parecíale bien a don Miguel que la Historia²² diese al autor "el fondo para su cuadro", y que hubiese "tenido un escrupuloso cuidado en atenerse a lo que parece más averiguado y cierto respecto a los desgraciados amores de Inés y Pedro, desechando muy acreditadas y aprovechadas leyendas". Pero se complace en que "aun rechazando leyendas en lo posible y ateniéndose a lo que parece más rigurosamente histórico, ¡qué libro de pasión y de colorido ha sabido fraguar! Las crónicas le han servido a Figueiredo, pero acaso más esas otras crónicas portuguesas, más veraces en el fondo, que son las novelas rebosantes de poesía del gran Camilo, el romántico". Y notemos que el mismo historiador había publicado antes una novela tragicoperótica, *Doida de amor*. Lo que no prevenía a don Miguel en contra suya, sino al contrario:

Y este Antero de Figueiredo que trazó esa figura de enamorada portuguesa había de encontrar en la historia de su patria, la figura real de aquella bastarda gallega, con sangre real en sus venas²³.

²⁰ O.C., IV, pp. 92-4; de la *Vida de Don Quijote y Sancho*.

²¹ *La literatura portuguesa*, en *Por tierras de Portugal y España*; O.C., I, p. 364.

²² O.C., VIII, pp. 1042-3.

²³ O.C., VIII, p. 1042.

Como tampoco que su biografía sea “un libro de historia anovelada, confidente con la novela histórica, algo a la manera apasionada y a la vez pintoresca de un Michelet”²⁴. Y que la llamara él mismo “novelización”, más adelante.

De ahí que viviese la historia de las horas más agitadas y apasionadas de su propio presente, en comunión con éste, superado el tiempo, de una manera que la mera erudición nunca le habría hecho posible²⁵.

No ya sólo para descansar del tumulto de impresiones y expresiones que nos trae la trágica historia presente, la de la guerra actual, sino hasta para digerirlas, no hay nada mejor que acudir a la pasada historia. ¿Pasada? La historia es siempre presente. Recordar historia es hacerla. Nuestros recuerdos son tan de hoy como nuestras percepciones²⁶. [...] En estos días y para digerir la historia que pasa —y aunque pasa, queda— no hay como recordar la historia que pasó, pero ha quedado. ¡Oh, mis exquisitos viejos cronistas portugueses!²⁷.

Nuestros más serios teorizantes actuales de la Historia, sienten y piensan lo mismo. Así, el mismo Marrou²⁸ ha remachado como “l'historien n'est pas un simple ouvrier attaché à la transformation d'une matière première, ni la méthode historique une machine-outil dans laquelle on introduirait comme par un entonnoir du document brut et d'où sortirait un fin tissu continu de connaissance. Notre travail suppose une activité originale, issue d'une initiative: l'histoire est la réponse (élaborée évidemment au moyen des documents: nous allons y revenir) à une question que pose au passé mystérieux la curiosité, l'inquiétude, certains diront l'angoisse existentielle, de toute façon l'intelligence, l'esprit de l'historien”. Y de ahí que²⁹ “le grand historien sera celui qui, à l'intérieur de son système de pensée (car si vaste que soit sa culture et comme on dit son ouverture d'esprit, tout homme, par cela même qu'il revêt une forme, accepte des limites), saura poser le problème historique de la manière la plus riche, la plus féconde; saura voir quelle question il y a intérêt à poser à ce passé”.

Es el mismo unamuniano vivir de la Historia a través del presente, y del presente a través de la Historia. Así vivió él la guerra civil europea

²⁴ *O.C.*, VIII, p. 1040.

²⁵ *Sobre la tragedia* cit.; *O.C.*, VIII, pp. 1058 y 1066.

²⁶ Aquí, ¿cómo no traer a colación aquello tan unamuniano de los recuerdos de esperanzas y las esperanzas de recuerdos, a los que él a veces identificara entre sí expresamente? ¿Acaso no sería para él la Historia eso, el recuerdo de una esperanza, la esperanza de un recuerdo?

²⁷ Advirtamos cómo don Miguel sentía más vivamente la Historia en los momentos de cataclismo colectivo, en las guerras o aproximaciones a las mismas. Por eso no podemos achacarle de literato cuando la siente.

²⁸ *De la connaissance* cit., pp. 60-1.

²⁹ *De la connaissance* cit., p. 67.

de 1914-18, su propia lucha política durante la dictadura de Primo de Rivera, e incluso la guerra civil española de 1936-39. No tanto ésta a lo largo de ella, ni siquiera los solos meses de la misma anteriores a su muerte, el último día del año en que se iniciara, cuanto anticipadamente, presagiándola en su propia carne como un profeta solitario. Y como siempre, a diferencia de otros coetáneos, como don Ramón María del Valle Inclán, en diálogo con sus lectores de entonces y de ahora.

Un ejemplo: los viejos cronistas portugueses

Si la entrañable españolidad de Unamuno no padeció por la universalidad esencial de su genio religioso —ese que cuando se dieran a los tórculos y en el propio Copenhague habría podido escribir las obras completas de Sören Kierkegaard— su inquietud de lector infatigablemente curioso de todas las literaturas —y de las europeas, salvo las eslavas, en sus lenguas originales— le hizo sensible a las limitaciones de lo castellano, incluso cotejado con algunas parcelas de los aldeaños portugués y catalán. Y él, que tantas alegrías debiera a su lengua madre y a la que por su parte correspondiera con tanta generosidad y talentos, no vaciló en proclamarlo sin rodeos. Los estudiosos de los caracteres distintivos de nuestra literatura³⁰ deberían meditar su requisitoria no demasiado conocida: “Es indudable: la pesadez y la monotonía son las dos cualidades más clásicamente castizas de nuestra literatura clásica castiza”; “Si alguna impresión deja la genuina literatura castellana [...] es una impresión de sequedad, de falta de jugo afectivo, de escasez de sentimientos”. Está claro que su pasión por la lengua y el país no le llevó a una valoración de sus letras semejante a la que ha hecho a don Ramón Menéndez Pidal exaltar en nuestra épica cualidades que, como el realismo histórico y la ausencia del elemento maravilloso, parece dudoso lo sean en tal género.

Y precisamente es la historiografía uno de los que estimó más que en Castilla, en Cataluña y Portugal, desde luego que con toda razón, en cuanto ese laconismo telegráfico de anales que en la Alta Edad Media se elaboraba torpemente en la España cristiana del Norte, frente a la deliciosa y fecunda policromía que se servía del árabe en el Sur, parece haber venido hasta nuestros días gravitando en tal ámbito sobre nosotros. Así se dirigía públicamente, desde las columnas de *Ahora*, en una de sus *Cartas al amigo*, en sus postrimerías de 1934, a Teixeira de Pascoas³¹:

³⁰ Véase MENÉNDEZ PIDAL: *Caracteres primordiales de la literatura española con referencias a las otras literaturas hispánicas, latina, portuguesa y catalana*, en *Historia general de las literaturas hispánicas* dirigida por G. Díaz Plaja, I (Barcelona 1949) pp. xv-lix. No se expresa allí sólo el punto de vista de don Ramón, sino la opinión de sus pocos predecesores en el tratamiento de la problemática, e incluso la licitud, sacada a la palestra por Farinelli, de plantearse ésta para la nuestra o cualquier otra literatura.

³¹ *O.C.*, XI, pp. 1024-5.

Dicen que nuestra patria común ibérica, su Portugal y mi España —Hispania fue para los romanos toda la Península— es tierra de oradores. Creo que esto es un error de gentes que apenas salen de su casa nacional. Aunque haya franceses que digan que todo escritor español es un orador por escrito. No creo, pues, que nuestro común solar peninsular sea solera de oradores, ¡pero qué pocos y qué pobres corresponsales! ¡Qué pobreza de epistolarios! Y a la vez de autobiografías y de memorias íntimas. ¿A qué se deberá esto?

Y si venimos a las crónicas, ¡qué sequedad! ¡Qué rara vez aparece el hombre íntimo, el hombre de carne y hueso! Sobre todo en las crónicas castellanas. Las portuguesas y las catalanas son más líricas. Las portuguesas, hasta elegíacas³². ¿Qué hay en las crónicas castellanas que pueda parangonarse a la catalana de Muntaner, la de la expedición a Grecia, o a la portuguesa de Fernán Lopes, donde se narra la muerte de Inés de Castro?

Y esta falta de intimidad personal, ¿a qué se deberá? Muchas veces he pensado si tendrá relación con el resentimiento, con la recelosidad, con la envidia hispánica. Y si esta tierra de la leyenda de don Juan no será una tierra de solitarios, en el peor sentido de esta palabra; usted me entiende. Solitarios que luego se agrupan.

Efectivamente, la lusofilia de don Miguel, tuvo en la historiografía del país un campo abonado para cultivarse, desde los cronistas clásicos hasta Oliveira Martins³³.

³² Cf. MARROU: "L'historien complet ne sera pas seulement un chercheur, mais aussi un écrivain. Son enquête achevée, ou plutôt lorsque, tout indéfinie qu'elle soit, elle est parvenue à ce point relatif de perfection au delà duquel elle ne peut, humainement, raisonnablement, être poussée avec utilité (il faut introduire dans le travail scientifique la notion, pratique, de rendement), l'historien doit aborder cette nouvelle phase de son labeur: en possession de tel fichier techniquement mis au point, il doit se demander quel est le meilleur livre qui puisse être construit avec ces matériaux, le meilleur, c'est-à-dire le plus vrai, le plus riche d'humanité, le plus intéressant, le plus utile. Il découvrira alors les exigences, les servitudes, d'une autre technique, celle, précisément, de l'écrivain. Si lourdes qu'elles puissent paraître à leur tour, il ne pourra davantage s'y dérober. Si en effet la vérité de l'histoire est, de toutes les vérités scientifiques, la plus nuancée, la plus subtile à saisir, faite comme elle est de mille éléments divers minutieusement coordonnés, toute en finesse (on a pu appliquer à l'historien l'analyse pascalienne de l'"esprit de finesse", par opposition à l'"esprit de géométrie"), elle ne deviendra transmissible qu'au prix d'un immense effort à la conquête de l'expression juste: l'historien devra réussir à exprimer ce qu'il a réussi à savoir du passé, tout ce qu'il sait, et cela seulement, sans le mutiler ni le déformer. En un mot, le parfait historien se doit d'être aussi un grand écrivain" (*Comment comprendre* cit., pp. 1536-7). Advirtamos cómo los gustos historiográficos de don Miguel no eran sólo de artista o escritor —habría que estudiar hasta donde estas facetas, por otra parte, llegaron en tan rica y compleja personalidad— sino que son reivindicados por los historiadores y a fuer de tales.

³³ Véase sobre el tema J. GARCÍA MOREJÓN: *Unamuno y Portugal* (Madrid 1964) pp. 152-7. Escribe al principio que "sus inclinaciones iban hacia los viejos cronistas del país hermano. Estos fueron quienes le hicieron sentir las auténticas realidades históricas de la nación en una época en que la historia todavía se confundía con la leyenda y todos los episodios se rodeaban de un halo poético esencial, de un

Naturalmente que gustó de esa *Historia trágico marítima*, tan ejemplificativa de la índole atormentada y lacrimosa de Portugal todo:

Una colección de relatos de naufragios. [...] una de las más características expresiones del alma portuguesa, trágica como el mar. Y la historia toda de Portugal —recuerdo habérselo dicho alguna otra vez— es un largo naufragio³⁴.

Ya aludíamos a su gusto por el *Libro de las peregrinaciones* de Fernán Méndez Pinto³⁵.

Un artista, un hombre de poderosa imaginación. [...] que escribió lo que viera y pasara y por haberlo visto y pasado, y no lo vio ni lo pasó para escribir de ello.

Y todavía le exaltaría con cariño en su postrero itinerario portugués, el año anterior al de su muerte³⁶:

Yo, por mi parte, estando en París, recomendé a los que por las cosas japonesas le interesaban las obras, en portugués, de Wenceslao de Moraes, superiores a las más celebradas de otros japonesistas, y en la tradición de aquel Fernán Méndez Pinto, el primero que en el siglo XVI dio a conocer el Japón.

En el monasterio de Alcobaca se acordaba de la *Crónica de D. Juan I*, de Fernán López³⁷; le conmovía la *Crónica del Infante Santo, Don Fernando*, de “su secretario y devoto servidor, Fray Juan Alvarez”, “ingenua crónica del siglo XV, que es toda una vida de santo”³⁸; como en la misma Alcobaca traíase a las mientes la *Crónica del rey D. Duarte*, su hermano, de Ruy de Pina, “cronista mayor del reino de Portugal en tiempo

nimbo de gesta indiscutible”. Nos parece que aquí late una incompreensión hacia la postura histórica, que no historiográfica sólo, de don Miguel, tan a la vista que requiere por nuestra parte una refutación de detalle. Tampoco suscribiríamos, sin una matización de relieve, la afirmación que sigue de cómo “sentía el agonista salmantino que aquellas narraciones, en su rudeza y primitivismo, traducían mucho mejor la verdad íntima, entrañable, de los sucesos que las elaboradas por historiadores modernos. La única excepción la representaba Oliveira Martins, el único historiador artista de la Península, como él decía”. Cf. el mismo autor, p. 312: “El sentimiento historicista unamuniano es una creación romántica. Su base se encuentra en dos historiadores franceses y en uno inglés. Oliveira Martins aparece como el antecedente más inmediato y su filtro ibérico esencial”. Los otros son Thierry, Michelet y Carlyle. La afirmación de la p. 309 de que el “propio Unamuno hizo historia” no puede tomarse al pie de la letra. ¿Salvo en Paz en la guerra?

³⁴ *La tragedia de Inés de Castro*; O.C., VIII, p. 1039.

³⁵ *Primera visión* cit.; O.C., VIII, p. 1052.

³⁶ *Nueva vuelta a Portugal*; O.C., VIII, p. 1090. Referencia inexacta en GARCÍA MOREJÓN: *Unamuno* cit., p. 155.

³⁷ *Alcobaca*, en *Por tierras de Portugal y España*; O.C., I, p. 460.

³⁸ *Doña Felipa de Cancaster*; O.C., VIII, p. 1056.

del rey don Manuel”³⁹; y en Coimbra⁴⁰ se hacía con la *Crónica del condestable Nunalvares Pereira*.

Todavía en Portugal: Oliveira Martins

En este eminente historiador contemporáneo, autor de la *Historia da civilização ibérica*, don Miguel pudo ver encarnados algunos de sus más profundos sentimientos historicistas, que arriba glosábamos, tales como el psicologismo —“psicólogo”, le llamaría, a guisa de decisivo elogio, en su ensayo *Sobre la argentinidad*—, el apasionamiento, y la búsqueda de la verdad esencial del pasado, por encima de los rigorismos meramente materiales de la sola erudición. De ahí los merecidos ditirambos⁴¹ que le dedicara constantemente y en ocasiones muy variadas. Y es preciso insistir en que esta valoración recaía sobre sus cualidades formales de historiador, por encima de la coincidencia concreta de su pensamiento en temas tan candentes para ambos cual las relaciones entre España y Portugal⁴²:

³⁹ *Alcobaça* cit.; *O.C.*, VIII, p. 461.

⁴⁰ *Coimbra*, en *Andanzas y visiones españolas*; *O.C.*, I, p. 734.

⁴¹ Así aprovecha un inciso para decirnos cómo “narró egregiamente... la vida del condestable Nunalvares” (Eugenio de Castro, en *Por tierras de Portugal y España*; *O.C.*, I, p. 353); “aquel poderosísimo entendimiento —acaso el más robusto— que tuvo en el pasado siglo Portugal”, escribió en *Epitafio* (ibid., p. 378); calificó de “espléndida” a su *Historia da civilização ibérica*; la utiliza para vindicar contra Maeztu el individualismo de nuestra mística (“en esta mi creencia me había confirmado la última obra que he leído en que se trata de la materia, la estupenda *Historia da civilização ibérica*, del portugués Oliveira Martins, libro que, si no lo conoce, debe conocer Maeztu y conocerá mejor a su propio pueblo”); y reivindica su correspondencia con el alma española (“ni la de Taine ni la de Spencer pueden ser filosofías que viertan su pensar en lengua española. Esta tiene otra alma, alma que en pocas obras habrá sido mejor estudiada que en la *Historia da civilização ibérica*, del portugués Oliveira Martins”). Otra vez, antes de transcribirle: “Voy ahora a traducir aquí del portugués dos párrafos llenos de intensa verdad. Son del único historiador verdaderamente genial que ha producido la Península Ibérica en el pasado siglo, de Oliveira Martins, escritor maravilloso. Están tomados de su *Historia de Portugal*, libro admirable”. (*La política y las letras*, en *De esto y aquello*, IV, Buenos Aires 1954, pp. 410-1; *O.C.*, XI, p. 641). Maurice Legendre nos recuerda que fue don Miguel quien le hizo conocer a Oliveira Martins, y cómo gustaba de leerle “le poignant récit de la mort de Don Pedro V” (*Don Miguel de Unamuno, hombre de carne y hueso*, en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, I (1948) p. 38). García Morejón ha dedicado a Unamuno y Oliveira Martins, las pp. 307-33 de su cit. *Unamuno*, cap. XII, *Ante un historiador artista*.

⁴² Sobre la influencia de Oliveira Martins en la visión unamuniana del presente histórico peninsular, GARCÍA MOREJÓN: *Unamuno* cit., pp. 35-7. M. de Ferdinandy opina que “la magnífica propaganda espiritual y literaria de Unamuno, en cuanto toca al problema de convivencia de los pueblos peninsulares, se basa expresamente en ideas de Oliveira Martins. Seguro que sus pensamientos con respecto a la unidad de los pueblos ibéricos no hubiesen llegado a los mismos resultados si su autor no hubiese conocido la *Historia da civilização ibérica* y la *Historia de Portugal* del gran historiador del pueblo hermano y vecino” (*Unamuno y Portugal*, en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, II (1949) p. 126). Por nuestra parte, no suscribimos tan drástica afirmación. Pero no perdamos de vista que el propio don Miguel nos confiesa: “Desde que empecé a estudiar el portugués —la lengua— y, sobre todo, desde que empecé a viajar por Portugal me interesó, más que otra cosa, la

Mucho os diría sobre el genio peninsular, y como él abarca y corona lo español y lo portugués; pero cuanto pudiera yo deciros a tal respecto lo dijo egregiamente Oliveira Martins, de quien Menéndez y Pelayo decía que fue el historiador más artista que ha tenido la Península en el pasado siglo y yo creo que el único historiador artista de ella. [...] Su *Historia da civilização ibérica* debería ser un breviario de todo español y de todo portugués culto, y no debía haber tampoco americano, de los que tan a menudo buscan en nuestra historia y casta los antecedentes de la suya, que no conociera este libro admirable.

En vez de repetir una vez más los lugares comunes respecto a lo que fue el alma española en los tiempos del descubrimiento y conquista de América bueno fuera ir a buscar en libros como el de Oliveira Martins riquísimas sugerencias.

En sus breves páginas se encuentra más doctrina, más sociología⁴³ y más psicología que en muchos tomos cargados de noticias.

No conozco ninguno de los famosos estudios de personajes de Taine, sus estudios sobre Robespierre, Danton, Marat, Napoleón, en los *Origines de la France contemporaine*, sobre los poetas ingleses, sobre Lafontaine, sobre Balzac, etc., que supere al estupendo capítulo de la *Historia da civilização ibérica*, en que Oliveira Martins estudia a Iñigo de Loyola. Y leed también su *Vida de Nunn'Alvares*, el condestable, y repasad luego las estrofas de fuego que en boca de este guerrero asceta pone Guerra Junqueiro en su *Patria*⁴⁴.

También *Portugal contemporáneo* mereció su solicitud meditativa y sentidora, precisamente por esa su pasión que le hace llamarle "el libro terrible y triste"⁴⁵, "doloroso y triste", obra de quien, como Oliveira Mar-

dependencia cultural mutua de ambos pueblos, el castellano y el portugués. No sin hondo sentido escribió Oliveira Martins aquella su maravillosa *Historia de la civilización ibérica*" (*Nueva vuelta cit.*; *O.C.*, VIII, p. 1087). Y no ya sólo, en el detalle de las relaciones políticas entre los dos países independientes peninsulares, sino mucho más allá, ¿cómo no suscribiría don Miguel la idea cardinal de Oliveira Martins sobre "el pensamiento o genio" ibérico, "principalmente afirmado, por una parte, en el entusiasmo religioso que ponemos en las cosas de la vida, y por otra, en el heroísmo personal con que las realizamos", de donde resulta "una civilización particular, original y noble?

⁴³ Ya conocemos el horror y el desprecio unamunianos por la sociología. Sería inacabable el centón que a lo largo de toda su obra nos lo ejemplificase. Así, al azar un poco: "Un editor tiene aquí que contar con el Brasil, y en el Brasil no interesan las cosas clásicas; en el Brasil —me dicen aquí— apenas se lee sino superficialidades frívolas o esas "cosas" científicas hediendo a pedantería positivista, *noveluchas bulevarderas o elucubraciones sociológicas*. Y yo no sé que es peor, si la *bagatela o la sociología*" (*Coimbra cit.*, pp. 733-4). ¿Contradicción, por lo tanto, en este pasaje? No. Es que aquí, lo sociológico tiene para don Miguel otro sentido. Precisamente el de la historia no evenemenial, el de la auténtica historia del pueblo, la misma aproximación hacia la intra-historia y la tradición eterna.

⁴⁴ *La literatura portuguesa*, en *Por tierras de Portugal y España*; *O.C.*, I, pp. 364-5.

⁴⁵ Exhórtanos allí a leer "lo que dice de la ciencia desordenada de las clases medias portuguesas". En otra ocasión, nuestro rector vindicaría el pesimismo de Oliveira Martins: "Hay portugués del rebaño del sentido común —escribía a pro-

tins, “era un pesimista, es decir, era un portugués”, “una de sus más hermosas e intensas obras”⁴⁶:

Guerra Junqueiro le cree, según le oí una vez, la mejor de sus obras. Yo no diré otro tanto, porque no soy portugués. Y Oliveira Martins no me parece, como a Menéndez y Pelayo, el historiador más artista que dio en el pasado siglo la Península Ibérica, sino el único historiador de ella que merece tal nombre. *Es decir, algo más grande y más hondo que un artista*. Este hombre es una de mis debilidades. ¡Cuánto he aprendido en esa su obra triste como él mismo la llama!

Igualmente, de su *Historia de Portugal*, no reparó en decir que “pocas naciones cuentan con uno así... Es difícil decirlo mejor”⁴⁷, “libro admirable”, y por supuesto, apasionante y apasionado:

Y en la literatura portuguesa, ¿hay acaso novela de Eça de Queiroz que nos despierte más interés y más profundo, que la maravillosa *Historia de Portugal*, de Oliveira Martins?⁴⁸

Y aunque sólo fuese por entroncar con el temario de sus viejos y deliciosos cronistas lusos, ni que decir tiene que habría sido su debilidad, de no contar con otros valores en sí, *Os filhos de Don João I*, “uno de los más hermosos libros de Oliveira Martins, según Menéndez y Pelayo el mejor de los suyos”⁴⁹. Ante las tumbas de Alcobça le evocaría⁵⁰:

¡Magnífico monumento en letra —más perenne acaso que la piedra— el que Oliveira Martins les erigió en su libro *Os filhos de Don João I*, obra que tanto admiraba nuestro don Marcelino!⁵¹. En esta obra la leyenda vive, y en aquellos arcos de piedra, polvo y huesos. Y arqueología más que historia.

pósito de *Patria* de Guerra Junqueiro—, que nos ha hecho a esa elevada poesía las mismas pobres objeciones que al soneto de Antonio Nobre que termina: *¡Qué desgraça nascer em Portugall*, o a ciertas páginas de Oliveira Martins; nos ha sacado el cristo del pesimismo —no hay tonto a quien se le caiga de la boca esta palabra— sin comprender, o mejor, sin sentir que el más alto y noble y fecundo patriotismo es el de un verdadero poeta” (*En memoria de Guerra Junqueiro*; *O.C.*, VIII, p. 1071.

⁴⁶ *Desde Portugal*, en *Por tierras de Portugal y España*; *O.C.*, I, p. 387.

⁴⁷ *De La política*, loc. cit. en la nota 41.

⁴⁸ *Historia y novela*, en *Contra esto y aquello*; *O.C.*, IV, p. 930.

⁴⁹ *Braga*, en *Por tierras de Portugal y España*; *O.C.*, I, p. 414. Notemos cómo el entusiasmo unamuniano le lleva a recordar las apreciaciones de la crítica de otros, en torno a Oliveira Martins, cuales las de don Marcelino y Guerra Junqueiro.

⁵⁰ *Nueva vuelta* cit.; *O.C.*, I, p. 1126.

⁵¹ Para la influencia de Oliveira Martins en España, hay algunos datos recogidos en GARCÍA MOREJÓN: *Unamuno* cit., pp. 54 y 316-23. “La *Historia da civilização ibérica* se leyó apasionadamente en España. Alcanzó aquí un éxito singular. Era lectura obligada de los jóvenes universitarios de la década del 80. La boga de Oliveira Martins crecía por instantes. Fidelino de Figueiredo observó que la estimación por esta obra “manteve-se íntegra em certos setores cultos da Espanha, sem o desfalecimento que sofreu em Portugal; en otro lugar refiere que el historiador patricio fue, después de Eça de Queiroz, el autor más estimado del público español”.

“Acaso el libro de historia más artístico, más patético, que se ha escrito en la Península Ibérica⁵², diría de él otra vez, y ya sabemos lo que en su boca y para un libro historiográfico quieren decir tales epítetos, “este libro admirable”. Y en otra ocasión, paladeándole detalladamente⁵³:

Quien haya leído *Os filhos de Don João I*, de J. J. Oliveira Martins, que nuestro Menéndez y Pelayo reputaba como la mejor obra de aquel a quien llamó el historiador más artista de la Península —nosotros creemos que el único verdaderamente artista—, quien haya leído esa obra admirable, recordará la pintura que en ella nos hace su autor de doña Felipa de Lancaster, la mujer del rey don Juan I de Portugal y madre de don Alfonso, que murió de dos años; de don Duarte, que sucedió a su padre en el trono; de don Pedro, el que corrió las siete partidas del mundo; de don Enrique el Navegante; de doña Blanca, muerta en la infancia; de doña Isabel, que casó con el duque de Borgoña; de don Juan y, por último, del infante don Fernando el Santo, el pobre mártir que murió en Fez⁵⁴.

Pero dejemos ya a los antiguos y modernos historiadores portugueses.

En la historia de las mentalidades: l'abbé Henri Brémond y la sensibilidad religiosa.

El descubrimiento consciente⁵⁵ de la Historia de las mentalidades, creemos que, al lado de la profundización de la estructura económica y social de la Historia misma, será la gran aportación historiográfica de nuestra generación. Y tengamos en cuenta que, habiendo venido después de dicho necesitado enfoque socioeconómico, y acaso corrigiendo un tanto sin proponérselo lo que de obsesivo en éste hubiese, y así posibilítándonos una Historia todavía más auténticamente social, es de valorar en el lugar más elevado de la escala a que para los venideros seremos acreedores⁵⁶.

⁵² *Sobre la tragedia cit.*; O.C., VIII, p. 1058.

⁵³ *Doña Felipa de Lancaster*; O.C., VIII, p. 1055. Don Miguel gustaba de alternar, sobre estos mismos personajes y acontecimientos, la lectura de Oliveira Martins, y la de sus viejos cronistas predecesores en el temario.

⁵⁴ En el entusiasmo histórico de Ion Miguel por estos personajes y gestas, hay mucho de origen, nos parece, historiográfico. Notemos que no le inspiró gran entusiasmo la epopeya ibérica al otro lado de los mares.

⁵⁵ Decimos consciente con toda intención. Y es que no podemos pretender haber sido los primeros en hacer Historia de las mentalidades o Historia económica y social. Sin formularlo expresamente, muchos de los historiadores que nos precedieron, la hicieron ya. Pero hemos sido los de este tiempo quienes hemos reivindicado en nuestro pensamiento y sentimiento de la Historia el lugar incluso privilegiado de tales materias, incluso su índole acreedora a ser valoradas como un enfoque, hasta una interpretación. Y de ahí que, aparte de influir, en la concepción de la Historia como tal y sus consiguientes repercusiones en la manera de hacer ésta, enriquezcan extraordinariamente el tratamiento de los campos citados.

⁵⁶ Así como la novela realista, lo era menos que otras que, sin llamarse así, no insistían sólo en uno de los aspectos de la realidad.

No es necesario ni oportuno definirla aquí. Recordemos simplemente con Georges Duby, como se trata de "une recherche historique vraiment soucieuse de psychologie et qui, tournant le dos à la très primitive explication des événements par la psychologie, prendrait, au contraire, pour sujets de son attention principale les mécanismes intellectuels, les sentiments, les comportements des hommes qui nous ont précédés"⁵⁷.

Ni que decir tiene que la riqueza de su temario es inagotable, en cuanto que se trata del hombre todo.

Una de sus parcelas es el sentimiento religioso. Y su indiscutible pionero, acaso sin saber que en tan vasta corriente tan gloriosamente inmerso a quedar iba, es el sacerdote francés Henri Brémond, por su espléndida *Historia del sentimiento religioso en Francia desde las guerras de religión hasta nuestros días*, publicada en París, en siete volúmenes, de 1915 a 1922.

Como se ve el tema es el de los itinerarios espirituales, del que precisamente ha llamado Daniel Rops, "le grand siècle des âmes". Esta circunstancia, y la exquisita sensibilidad hacia la vida interior con que Brémond le trata, habían de hacer a su obra magna un deleitoso paladeo para don Miguel, quien la leía entre 1934 y 1935, y por dos veces, el 27 de diciembre del primero de esos años⁵⁸ y el 18 de enero del segundo⁵⁹, comunica las impresiones que alguna de las íntimas aventuras de sus personajes le han proporcionado, a sus lectores de *Ahora*. Basta conocer la inquietud religiosa de nuestro rector, y la riqueza profunda y multiforme de las páginas de Brémond, para asegurar que de haber vivido más años, o haberle cogido los volúmenes en una época más temprana de su vida, se habrían convertido en uno de los tópicos de sus jugosas y siempre redivivas referencias. Comentaba la primera vez la biografía del benedictino maurista, hijo de María de la Encarnación, dom Claude Martin, escrita por su colega y gran erudito de la misma congregación de San Mauro, don Martène; así como esa complacencia a que los tales mauristas reducían su vida y su poesía en "volver a encontrar así sus propios pensamientos, sus sentimientos, en los textos antiguos". Y la segunda⁶⁰, el inocente deseo de comunicar literariamente sus experiencias, que sentía la ursulina Catalina Ranquet, y la deliciosa pero significativa y acreedora en estos días de re-

⁵⁷ G. DUBY: *Histoire et ses méthodes* cit., p. 965. Véanse las pp. 937-65, que a "l'histoire des mentalités" dedica.

⁵⁸ *Machaqueo*. No está en las *O.C.*

⁵⁹ *Cartas al amigo*, VII; a diferencia de la anterior recogida por GARCÍA BLANCO en *Mi vida y otros recuerdos personales*, II, 1917-1936 (Buenos Aires 1959) pp. 177-9, y *O.C.*, XI, pp. 999-1003.

⁶⁰ Empieza aquí refiriéndose al abate como "de la Academia Francesa, tan versado en mística, cuando levantó en la república de las letras francesas aquella polvareda de la poesía pura", a propósito de unas palabras de Santa Teresa: "La voluntad suele estar ocupada en amar, mas no entiende como ama. El entendimiento sí entiende, mas no entiende como entiende; al menos, no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece se entiende, porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto".

volución lingüística en la Iglesia a ser meditada, ingenuidad de Juana de Matel, fundadora de la Orden del Verbo Encarnado, de que querría tanto al Señor como Santa Catalina de Siena lo hiciera, de entender el latín como ella:

"De aquí también —agrega el abate— que en las numerosas visitas con que va a favorecer a Juana de Matel el Verbo, no le hablará más que en latín". Natural en aquel Verbo y del siglo XVII. Yo, por mi parte, le oigo en el romance que el cielo y el campo de Castilla me han enseñado a desentrañar⁶¹.

A pesar de su argumento místico, la apreciación unamuniana de la obra de Brémond, nos le sitúa pues, una vez más, en la vertiente de la historiografía más novedosa.

Entre el positivismo y el romanticismo

El desdén unamuniano por la historia evenemencial y su consiguiente alejamiento que ya hemos comprobado reiteradamente de ese positivismo histórico que pone la meta del historiador en la escrupulosa verificación y catalogación de los hechos, un tanto impersonalmente; su gusto profundo por el psicologismo de los protagonistas todos de la historia —el pueblo y las minorías, aunque en su concepción de la intrahistoria destacase a aquél por encima de éstas—, psicologismo que no es en el fondo otra cosa que una de las variantes de su obsesión por el hombre de carne y hueso; y el apasionamiento que no dispensa sino que exige al historiador, son, creemos, las causas de su debilidad por los géneros a caballo entre la historiografía y la novela, y sobre todo, por un cierto anovelamiento de la historia misma:

Hay dos libros argentinos, famosos ya y típicos: el uno es una historia anovelada y el otro una novela histórica. Claro está que me refiero

⁶¹ El comentario de don Miguel es lógico, teniendo en cuenta su postura no conformista para con la mayoría de las peculiaridades católicas del cristianismo, al menos tal y como lo expresaba intelectualmente, sin que sea tan fácil resolverlo en su sentimiento subconsciente. Tengamos en cuenta, y en otro orden de cosas, pero acaso psíquicamente paralelo, que a pesar de su liberalismo pregonado en público y en privado desde la euna a la sepultura, ha habido quien, por lo menos sin atraerse inmediatamente el ridículo, ha creído poderse suponer en él un cierto Carlismo sentimental. Cf. la apostilla del mismo Brémond, que don Miguel transcribe: "¿Habrá entrevistado ella, de una o de otra manera, el sentido de esas diversas palabras y el picante de su ensamblaje? Pues es una experiencia común entre aquellos que repiten palabras extrañas que en principio no entienden, pero a las que, quieras o no, les dan una suerte de sentido. "¡Qué bien habla!"; ¿pero qué es lo que ha dicho?" Estas palabras de la vieja al salir de un gran sermón —ahora es Unamuno quien escribe— que la ha arrebatado no son absurdas. De aquí también... sigue don Miguel. Notemos que Brémond no fue precisamente un entusiasta del latín eclesiástico, ni sobre todo del litúrgico. Cf. la seca réplica al mismo de Paul Claudel, en su *Journal* (I, París 1968, p. 975), reivindicatoria de dom Guéranger.

al *Facundo*, de Sarmiento, y la *Amalia*, de Mármol. En el primero halló ancho campo el genio de Sarmiento, ejerciendo su imaginación, con más o menos realidad, sobre hechos históricos comprobables, y en la *Amalia* es indudable que lo más flojo es lo puramente novelesco y lo de más valor el cuadro histórico.

Imaginar lo que sucedió realmente exige mayor contracción de espíritu que inventar sucesos fantásticos [...].

Se ha podido observar que la novela y la historia tienden a aproximarse la una a la otra, es decir, que a medida que la novela se hace más documentada, más histórica, va haciéndose la historia más imaginativa, más reconstructiva, más novelesca. Y así se llega a que una historia tenga tanto o más atractivo que una novela.

La *Historia del pueblo inglés*, de Green⁶²; la *Historia de la Revolución francesa*, de Carlyle⁶³; la de la decadencia y caída de Roma, de Gibbon⁶⁴; la de Inglaterra, de Macaulay —para no atenerme sino a la literatura inglesa, que estimo la literatura modelo—, son libros tan amenos como las novelas históricas de Walter Scott, y tan imaginativos como ellas. Y lo mismo puede decirse de Michelet, Taine⁶⁵, Boissier⁶⁶, etc., comparados

⁶² En la biblioteca de don Miguel hemos encontrado *A Short History of the English People* (Londres 1889), anotada, como a veces acostumbraba él, con una letra menuda, a lápiz y en las márgenes. Así en la p. 255, cuando el historiador contrasta ricos y pobres en el siglo XIV, valiéndose de los *Canterbury Tales* de Chaucer, y la *Complaint of Piers the Ploughman*, escribe la palabra “desvaído”.

⁶³ Don Miguel tradujo y publicó la *History of the French Revolution*, de Carlyle, en ese llamado por Clavería “período de transición que va, poco más o menos, de 1897 a 1905”. (En *Unamuno y Carlyle*, del libro *Temas de Unamuno*, Madrid 1970). Hemos encontrado, de Carlyle, en su biblioteca, *Past and Present* (Chicago y Nueva York, s.a.); *Scottish and other Miscellanies* (Everyman's Library, Londres, 2.ª ed., 1923); *English and other critical Essays* (ibid.); *Oliver Cromwell's Letters and Speeches* (Londres 1850); y *Sartor Resartus. Heroes and Hero-Worship and Past and Present* (Londres 1888). Salvo el segundo libro, todos están anotados. A veces las notas son traducción de algún vocablo, no siempre en castellano. Vg., en *Oliver Cromwell's Letters*, p. 33, “nunneries” = “convento de monjas” (sic); y en *Past and Present*, p. 85, “dived” = “plongé”. *English* tiene la guarda final muy anotada. En *Sartor* y *Oliver Cromwell's Letters* hay notas del costo de los libros. La última dice: “Me costó 0'8 chelines = 11'70 ps⁶⁸ (sic)”.

⁶⁴ De Gibbon hemos encontrado en la biblioteca unamuniana, *Autobiography* (The World's Classics, 1907); y la citada, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (ibid., 7 tomos, 1903-1906).

⁶⁵ De Taine hemos encontrado en su biblioteca, *Philosophie de l'art* (París, 4.ª ed., 1885); y *L'idéalisme anglais. Étude sur Carlyle* (París 1864). Notemos en la p. 179 de este último libro: “Si l'enthousiasme est beau, les suites et les origines en sont cruelles, il n'est qu'une crise, et la santé vaut mieux. A cet égard, Carlyle lui-même peut servir de preuve. Il y a peut-être moins de génie dans Macaulay que dans Carlyle; mais, quand on s'est nourri pendant quelque temps de ce style exagéré et démoniaque, de cette philosophie extraordinaire et malade, de cette histoire grimaçante et prophétique, de cette politique sinistre et forcenée, on revient volontiers à l'éloquence continue, à la raison vigoureuse, aux prévisions moderées, aux théories prouvées du généreux et solide esprit que l'Europe vient de perdre, qui honorait l'Angleterre, et que personne ne remplacera”.

⁶⁶ Hemos encontrado de Gastón Boissier en su biblioteca, *La fin du paganisme. Étude sur les dernières luttes religieuses en Occident au quatrième siècle* (París, 3.ª ed., 1898); y *La religion romaine d'Auguste aux Antonins* (París, 6.ª ed., 1906). Para darnos cuenta de la debilidad de don Miguel por las mismas, nos bastará con

con Zola, Daudet o los Goncourt. He encontrado, no diré más instrucción tan sólo, sino más deleite y amenidad en los trabajos históricos de Gastón Boissier que en cualquier novela francesa, sobre todo si se trata de esas noveluchas a la moda del bulevar, con su salsa de voluptuosidades artificiosas⁶⁷.

A continuación, don Miguel nos explica cómo esta aproximación de la novela a la historia tuvo lugar en su propio itinerario de lector, lo cual, sin embargo, no creemos justifique la afirmación de García Morejón⁶⁸ de ser tardío su interés por la Historia, ya que de toda su cronología se desprende lo tempranas que debieron ser sus meditaciones que abocaron a su venturosa creación de la intrahistoria y la tradición eterna:

Se ha dicho que el gusto por la historia es un gusto tardío y que no se desarrolla sino con la madurez del espíritu. Los jóvenes prefieren la novela, las personas maduras se deleitan más con la historia. Yo de mí sé decir que en mis mocedades gustaba muy poco de leer historias —cierto es que las más de cuantas en mis manos cayeron eran detestables—, pero hoy cada vez me cuesta más leer novelas, que me hastían pronto, y encuentro más gusto en las historias. Estoy leyendo ahora el *Port-Royal*, de Sainte-Beuve, y os aseguro que no sería capaz de leer una de las novelas de Zola que no haya leído.

La novela es un género moderno, se ha dicho, y la historia, un género antiguo, clásico. En realidad, la novela es un género pasajero y la historia permanente. La novela, en efecto, apenas tuvo sino indecisos ensayos en la antigüedad; la epopeya le sustituía. Junto a los nombres de Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Titio Livio, Tácito, no pueden ponerse los nombres de novelistas que les igualen.

Y poco después, arremete claramente contra la literatura historiográfica que, por muy fiel que a la rigurosidad de los cánones de la veracidad positivista fuese, no era más que eso, un acopio de materiales:

Claro está que tampoco puedo resistir esos libros de historia que no son sino comentarios de hombres y de sucesos, en que todo puede ser muy exacto, muy bien comparado, pero donde no hay ni poesía ni filosofía.

las dos citas siguientes del final de cada obra. De la primera, II, p. 402; "On peut dire qu'au I^{er} siècle le monde entier "s'était levé" sous l'impulsion de l'esprit religieux et de la philosophie; il était debout, en mouvement, et, sans connaître le Christ, il s'était déjà mis de lui-même sur le chemin du christianisme". De la segunda, II, p. 451: "On peut donc dire que, lorsque les gens du IV^e siècle cherchaient quelque moyen de les unir, ils travaillaient pour nous, et qu'ils nous ont aidés à être ce que nous sommes. Malgré la distance qui nous sépare d'eux, leur histoire ne nous est pas étrangère; elle nous fait remonter aux origines mêmes de la civilisation moderne, et voilà pourquoi elle m'a paru mériter cette longue étude que je viens de lui consacrer".

⁶⁷ *Historia y novela*, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 12 de diciembre de 1907; *O.C.*, IV, pp. 928-34.

⁶⁸ *Unamuno cit.*, p. 154.

En mi vida he podido leer la *Historia contemporánea de España*, de Pirala, o la de Chile, de Barros Arana. Podrán ser buenas canteras, pero no son edificios.

Y destaca la influencia de la historiografía en el presente:

La influencia de las lecturas históricas en la formación de los caracteres es grandísima. ¿Quién que haya leído la historia de la revolución francesa no ha visto la enorme influencia en ella del recuerdo de la historia romana? Y en los movimientos revolucionarios actuales, ¡qué grande es la influencia de la historia de la revolución francesa!

Su enfrentamiento con el positivismo es constante. Diez años después⁶⁹ escribía todavía más concretamente:

He leído, no recuerdo donde, estos días, unas manifestaciones del conocidísimo crítico francés René Doumic sobre los métodos de investigación que se iban poniendo a la moda en las universidades francesas a fines del pasado siglo y principios del presente. Defendía la educación clásica y hasta la retórica —que puede ser cosa muy buena cuando es buena retórica— y se revolvió contra la pedantería de los que alguna vez hemos llamado “hechólogos”, contra aquel profesor Dryadust a quien cubría con sus sarcasmos el gran retórico y vidente que fue Carlyle. Decía Doumic que en las universidades francesas se llegaba a rechazar toda tesis de doctorado que implicase una apreciación o juicio personales, más o menos geniales, de algún hecho o de algún personaje histórico, y se pedía en cambio nuevos datos o rectificación de los conocidos. Aquí empezaba a ocurrir lo mismo, y contra esa hórrida pedantería, del más genuino origen germánico, he alzado más de una vez la voz.

A un joven de veintitantos años no se le permitía aquí tener ideas propias. *A pretexto de lo mucho que se abusó de las llamadas síntesis históricas y de aquello de la filosofía de la historia —que era, según Valera, el arte de profetizar lo pasado—, todos los pedantes faltos de imaginación, todos los eruditos eunucos de sentido propio y todos los historicistas sin sentido histórico, todos los sabios inhumanos, savants sans sagesse, a pretexto de aquel abuso, querían condenar a nuestros jóvenes a la horrenda y exclusiva tarea de hacer papeletas a la alemana. ¡Las papeletas a la alemana! Que así es como se las llamaba aquí. Y las ediciones críticas, las *Bearbeitungen*, las revisiones, las anotaciones, las monografías... todo era pura técnica, en fin. ¡Horror, horror, horror!*

Acto seguido reconoce el lado bueno de ese positivismo, a saber la comprobación y exactitud de los materiales con que construir luego la historia viva, de manera que es sólo el quedarse en eso lo que le reprocha:

⁶⁹ *Sobre el arte de la historia*, en *La Nación*, 17 de mayo de 1917; O.C., VIII, pp. 952-9.

Y no es que creyera que todo eso no hace falta, no. A mi manera hago papeletas, y siento que mi nativa y no bien corregida precipitación en juzgar y que mi castizo espíritu español de improvisación no me permiten hacerlas mejor. Me equivocaría muchas menos veces. No, no es que yo crea inútiles ni mucho menos esos trabajos y esa técnica y ese método y ese rigor. [...] Sí, hay que acostumbrarse a respetar la verdad y la exactitud del más insignificante detalle. Si A. nació el 13 de enero de 1525 y no otro día, hay que establecerlo así. El que se acostumbra a despreciar la verdad de lo chico despreciará la de lo grande. La verdad es siempre verdad, refiérase a lo que se refiera. Pero...

En el fondo de ese menosprecio por el mero positivismo, latía algo más profundo que sus preferencias en la elaboración historiográfica, a saber, su desdén de la historia evenemencial y de los que no pasaban de sucesos históricos, para buscar los verdaderos hechos. Por lo cual a renglón seguido habíamos dicho:

Sí, ya sé que la erudición puede ser un arte y que cabe genialidad en la erudición y sé que los genios de la erudición son acaso los que más tremendas pifias han cometido. Como que tengo aquí, a la mano, un libro en que se enumeran las equivocaciones de Juan Bautista Vico, aquel genio de la investigación histórica. El autor del libro, otro italiano, debe de saber más noticias históricas que sabía Vico, acaso más hechos, eso que se llama hechos, pero...

Y acto continuo su ponderación de la Historia de las mentalidades:

¿Y qué son hechos? ¿Qué es un hecho histórico? He aquí algo no tan fácil de contestar. Porque hay quien cree que en historia tiene más efecto histórico, más consecuencia, más trascendencia que lo que realmente pasó, lo que los hombres, incluso los actores del suceso, creen que pasó. Matarle a uno creyendo haberle dejado vivo o dejarle vivo creyendo haberle matado, es más historia que la muerte o la vida misma. Y alguien ha sostenido que las leyendas son más históricas que los sucesos documentados.

Y vuelvo a repetir: ¿qué es un hecho histórico?, ¿qué es un hecho? Porque hay analistas que en puro moler los hechos los reducen a polvo de hechos. Y el polvo de un hecho no es el hecho mismo. Como en química orgánica hay reactivos que descomponen el cuerpo que se trata de estudiar y se estudia no ese cuerpo sino productos de su descomposición.

Inmediatamente nos da la prueba decisiva de que eran más que los métodos las nociones de los hechos a comprobar por su medio, lo que despreciaba, al escribir:

Pero, indudablemente, no hay otra manera de escribir historia, historia de hechos —y hechos son también las creencias y las leyendas y los ensueños—, que dedicándose antes a la crítica investigación histórica,

a la erudición y a las papeletas, sean a la alemana, a la francesa o a la española, porque, aunque parezca mentira, hay también papeletas a la española. Y a las veces decisivas.

Y hace una aplicación concreta de sus consecuentes preferencias historiográficas:

Estoy leyendo estos días un libro de historia argentina lleno de erudición y lleno también de un cierto arte muy divertido de engarzar malicias y picotazos. Resplandece en él aquel típico malhumorismo de los eruditos y los investigadores. Más de una vez aparece esta frase sacramental: "¡Así se escribe la historia!" Y alguna vez no he podido resistir al deseo de poner al margen: "Y qué más da?" No carece el libro de arte, sin duda de un arte *sui generis*, pero prefiero la retórica de Carlyle y la resurrección de Michelet y las románticas pinturas de un Agustín Thierry. Y no digo nada de Macaulay, Renan, Mommsen, Taine, Fustel de Coulanges... a quienes pongo sobre mi cabeza y que en general se cuidaban muy poco de discutir minucias críticas en notas malhumorísticas.

Explicadas en una ocasión anterior ⁷⁰:

Lo cierto es que los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente, y si bien nos fijamos, hemos de ver que cuando se dice de un historiador que resucita siglos muertos, es porque les pone su alma, los anima con un soplo de la intrahistoria eterna que recibe del presente. "Se oye el trotar de los caballos de los francos en los relatos merovingios de Agustín Thierry", me dijeron, y, al leerlos, lo que oí fue un eco del alma eterna de la humanidad, eco que salía de las entrañas del presente.

Estamos tentados a concluir que en la encrucijada entre positivismo y romanticismo, que a la fuerza hubo de vivir en sus apreciaciones historiográficas, don Miguel, aparte de tomar del primero, aunque quizá un poco a regañadientes, sus exigencias metodológicas, se inclinó decididamente del lado del segundo, pero con una salvedad esencial que nos le acerca mucho hoy, a saber, su valoración por encima de todo, en su construcción tan rica de la intrahistoria, del pueblo como protagonista de la misma, y su estimación de los héroes solamente como un eco de su psicologismo y de su obsesión vitalista por el hombre de carne y hueso, cuando lo eran de veras, al modo de su don Quijote y Sancho, no cuando se trataba de meros nombres enristrados en la historia evenemenial.

Ya hemos notado cómo decidió en esa alternativa, que haber visto expresamente nos confiesa ⁷¹:

⁷⁰ En *La tradición eterna*; O.C., III, p. 191.

⁷¹ *La verdad histórica*, publicada en *El Correo*, de Valencia, el 17 de octubre de 1900; O.C., XI, pp. 543-5.

El historicismo suele matar el recto sentido histórico. Los excesos de la gran escuela histórica romántica, de los historiadores que aprendieron en Walter Scott, de la gran escuela de los Macaulay, Carlyle, Thierry, Michelet, De Barante, el mismo Ranke, y cuyos últimos representantes en Francia han sido Renan y Taine —por poco románticos que nos parezcan—, provocaron la reacción, en Alemania sobre todo, de un ejército de analistas que recordaban a los antiguos autores de los cronicones medievales. Bajo tales bárbaros amenazaba perecer la historia, la verdadera historia. El *hecho* histórico iba a ahogar a la verdad histórica.

Y de aquí que Clavería haya podido hacernos ver⁷³ que las determinantes de la admiración de don Miguel a Carlyle no estén sobre todo en la debilidad de este por los héroes. No tenemos más remedio que citarle cuando nota cómo “los que han investigado el concepto de la historia y la técnica empleada por Thomas Carlyle en sus escritos históricos han recordado siempre sus ensayos teóricos sobre la Historia y la biografía, escritos con anterioridad a la composición de la *History of the French Revolution*. Se dan allí firmes creencias de Carlyle acerca de la importancia de la vida silenciosa y olvidada de millares de hombres oscuros que laboran y crean lejos de los campos de batalla, de constituciones y leyes, son la comunicación, la tradición, que enlaza el pasado y el futuro. El interés perenne del hombre por el hombre indujo a Carlyle a abordar la Historia por el camino de la biografía, y hasta de la biografía de los “héroes”, pero aun aquí los hechos menores, lo humano que se mueve bajo la superficie de las cosas, encierran la mayor importancia para descubrir el misterio de lo que sucedió y el misterio de los hombres de hace siglos”.

Otras lecturas historiográficas

De los historiadores clásicos, parece haber sido Tito Livio, por la vitalidad de su prosa narrativa, el que más atrajera las simpatías de don Miguel. Prueba de ello es cómo le aplicó al presente histórico de los comienzos, un tanto agoreros de los trágicos cambios que se producirían, del régimen republicano. Y así escribía en *El Sol* —el periódico que a cau-

⁷³ *Unamuno* cit., pp. 23-4. Notemos que para Unamuno, como para los auténticos historiadores, “la verdad histórica” está, pues, por encima de la exactitud o no de los acontecimientos que son la única materia de la evenemencial. En ese mundo, no se comprende, vg., este diálogo que hallamos en Dickens: “La vez primera que él se presentó... —dijo el señor Dick— Veamos, ... la fecha de la ejecución del rey Carlos fue el 1649... Me parece que dijiste que fue el 1649, ¿no es así? —En efecto, señor. —La verdad, Trotwood, no sé cómo ha podido ser en ese año. ¿Sacaste, efectivamente, esa fecha de la Historia? —De la Historia la saqué, señor. —Me imagino que la Historia no miente nunca, ¿verdad? —preguntó el señor Dick, con un rayo de esperanza. —¡Jamás, señor mío! —le contesté de un modo tajante. Yo era joven e ingenuo y lo creía firmemente” (*David Copperfield*; cap. XVII, *Alguien que reaparece*). Cf. MARROU: *De la connaissance* cit., pp. 38-41.

sa de su no conformismo hubo de trocar por *Ahora*⁷³— el 23 de junio de 1932, interpretando con el rasero del *praeceps pavore* del patavino la Ley de Defensa de la República y la política que la orientara⁷⁴:

Para sacar de la historia de la antigua Roma sensaciones que me permitan sentir mejor la historia que estamos haciendo y viviendo, me puse a releer las *Décadas* de Tito Livio, y en latín, ¡claro!, para ir sintiendo en éste entrañas de nuestro castellano, el más latino de los romances, sin salvar el italiano. *Pero mientras leía el pasado iba leyendo el presente eterno.* [...]

Llegué en la lectura de las *Décadas* —¡cómo las había leído y comentado Maquiavelo!— a aquel libro XXII en que se nos narra —y es narración clásica, esto es, de clase— la batalla de Canas, batalla clásica también, pues que su estudio es una de las principales lecciones de clase de estrategia en Alemania. Tropecé con una expresión que también se ha hecho clásica, y es la de la tropa que huye *praeceps pavore*, avanzando por miedo. “Huían hacia adelante”, dije yo en mi *Paz en la guerra*⁷⁵. Y en las contiendas civiles incruentas, en los debates políticos, ¡cuántas veces se avanza *praeceps pavore*, precipitándose por miedo a la reacción, o por miedo, que es peor, de ser tachados de reaccionarios. ¡Qué de huidas hacia adelante por pavor a la reacción! Y cerca de esa expresión anecdótica hallé otra que me detuvo la atención. Y es cuando, hablando del español, nos dice Tito Livio que *hispano... punctim magis quam caesim assueto petere hostem*, que el español estaba acostumbrado —y sigue estándolo— a atacar al enemigo más a pinchazo que a corte. [...]

Seguí leyendo aquel clásico relato de aquella clásica batalla y de cómo Aníbal, flanqueado por sus fieles hispanos, iberos casi berberiscos —y berberiscos de meseta y páramo— fue atrayendo a los romanos, que huían hacia adelante, al centro de su línea, mientras extendiendo sus alas, como tenazas, los envolvió y los destrozó. El relato del estrago es conmovedor en el solemne latín paduano de Tito Livio. Y se queda uno pensando en otros combates, no ya con espadas, ni navajas, ni saetas, ni hondas, en que también los que atacaban al centro se ven envueltos y destrozados⁷⁶.

De los historiadores griegos, no hay duda de que Tucídides fue la debilidad de nuestro rector. Cuando quiso elogiar la descripción de la peste

⁷³ La ruptura tuvo lugar a fines de noviembre de 1932, es decir, dentro del mismo año de la publicación del artículo que vamos a citar. Sobre ella, E. SALCEDO: *Vida de don Miguel* (Salamanca 1964), pp. 355-7.

⁷⁴ *La batalla de Canas*; *O.C.*, VIII, pp. 889-92.

⁷⁵ Notemos esta conexión que el propio don Miguel establece entre la historiografía y su composición de la novela histórica *Paz en la guerra*. Para nosotros es el mejor justificante de la aplicación que de esta obra terminaremos haciendo al tema de nuestro trabajo.

⁷⁶ A una lectura de las *Historias* del mismo Tito Livio, se refiere Unamuno en *La retirada de Aníbal*, publicada en *Nuevo Mundo*, el 6 de agosto de 1920; *O.C.*, VIII, pp. 886-8. Escribió allí que “en el terror que Roma sentía por su nombre había un fuerte enamoramiento. La admiración que Tito Livio sentía por Aníbal se trasparenta a menudo en sus *Historias*”.

én Milán, que Manzoni supo insertar en *I promessi sposi*, escribió que era digna de aquel.

Ya hemos visto su desdén por la historiografía castellana. Pero por lo menos contó ella con una excepción, la del espléndido literato y humanísimo historiador cronista de Indias, Bernal Díaz del Castillo. Es también en un momento de intensas vivencias del presente, candente todavía su destitución de rector y plenamente inmerso en la lucha política precedente de la dictadura primorriveriana, cuando le recuerda don Miguel⁷⁷ en *La Nación* de Buenos Aires:

No para olvidar, sino para digerir mejor las amarguras del presente en esta prisión —que tal es, de hecho— de la ciudad en que se nos tiene, hemos estado leyendo la *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* que ya viejo, escribió el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de los “verdaderos conquistadores”, como él dice, que fue con Hernán Cortés a Méjico. Escribióla dolido y hasta indignado de que el cronista Francisco López de Gómara atribuyera a Cortés, luego marqués del Valle, el mérito todo de la hazaña.

Pocos libros, si es que alguno hay en castellano, de una lengua más viva, más enjuta, más hablada. Se le oye en el libro al viejo capitán, al que en sus mocedades mereció ser llamado galán.

Y había, sobre todo, en Bernal Díaz una cualidad que había de hacerle sentir a don Miguel como a un próximo pariente, y era su propensión, legítima desde luego, al igual que la de nuestro rector lo fuera, a hablar en primera persona, a monodialogar, a soliloquiar hablando con el lector. El mismo Unamuno, aunque sin referirse expresamente a él mismo, lo reconoce así:

Robertson hablaba del amor propio y vanidad tan graciosos del viejo capitán Díaz del Castillo. No vemos la vanidad.

Para seguir, nada menos que con una referencia al mismo aparente egotismo de su predilecto héroe don Quijote:

Si cuando hace ya diez y seis años escribí mi *Vida de Don Quijote y Sancho* hubiera conocido este pasaje de Bernal Díaz del Castillo no hubiera dejado de mentarlo al comentar aquellas palabras del Caballero a Pedro Alonso, cuando éste le encontró revolcándose por el suelo y molido a palos por los mercaderes, y fueron las de: “¡yo sé quien soy!”. Pero si Dios me da salud y esta nuestra cautividad acaba, pienso dar unas conferencias sobre el Quijotismo —y quiero que sean ahí, en esa República Argentina—; lugar y tiempo tendré de mostrar que el *yo*, a modo de Don Quijote y de Bernal Díaz del Castillo es la categoría moral más

⁷⁷ Bernal Díaz del Castillo; *O.C.*, V, pp. 215-9.

desinteresada, más pura, más universal, más abnegada y la menos egoísta y la menos vanidosa.

“Yo no soy testigo de mí mismo” —decía el capitán—, pero hablaba de sí, como hablaba el Cristo diciendo que su Padre atestiguaba por él. Y la verdad por el capitán y por el caballero.

Por nuestra parte, la acusación a Unamuno de propender a hablar en primera persona y de comunicarnos sin disfraces más o menos hipócritas sus más hondos sentires, es la más superficial de las críticas que dirigírsele pueden. Mas volviendo al historiador de Méjico, no hay duda de que le cautivó, a todo lo ancho de la urdimbre fraguada por esa su otra entraña, a ambos igualmente común, de forjadores del idioma:

Y en ese viejo relato del viejo capitán conquistador, solemne y llano y escueto y austero como las llanuras de Medina del Campo, donde nació y se crió el héroe —héroe de la españa y de la pluma— hay de pronto frescuras como la dé aquel árbol que encontró en Naco, “un árbol que en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón y caía del uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas”. Y todo ello dicho, “según nuestro común hablar de Castilla la Vieja”, el hablar que el conquistador llevó a la Nueva España.

“Volvamos a nuestro cuento” —dice de vez en cuando el capitán—, capitán de cronistas también, cuando se desvía de él. Y lo va contando paso a paso, vigorosamente, con memoria de viejo que narra a sus nietos, junto al fogón, sentado en el escaño, las proezas de sus mocedades. Y la ternura del corazón ablandado y adulciguado por los años —como la fruta ya más que madura— se aparenta en frases tan sencillas, tan sobrias como esta: “y murió el Garay fuera de su tierra, en casa ajena y lejos de su mujer e hijos”. [...]

Se oye en esa *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* la voz de Bernal Díaz del Castillo, como si sonase al aire libre y a la luz del sol, llevada por el aire sutil de la meseta castellana y de la mejicana, y no como voz “vagarosa e entonada, como que salía de bóveda”, según nos dice de la del capitán Pánfilo de Narváez.

Y termina, con ese enraizamiento de la historia, vivificada por sus más caras lecturas historiográficas, en el presente, de que tanto gustara, sobre todo en los momentos en que más agudo le sentía, cual aquella misma, los de lucha política más violenta inmediatamente posterior, o los republicanos en que ya vislumbraba el fantasma de la guerra civil venidera:

¡Y lo que podríamos contaros aún de este hombre! El, llevándonos a tiempos y lugares remotos, entre dispersos olvidos, nos ha hecho zahondar durante unos días en las raíces del presente histórico; él nos ha hecho sentir que “más que riqueza es hacer justicia”; él nos ha hecho meditar en el valor infinito del individuo, de cada uno, del yo: él nos ha refrescado nuestra españolidad.

Benedetto Croce, entre sus contemporáneos, fue una de las admiraciones unamunianas. Por dos veces seguidas⁷⁸ comentó extensamente su libro *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, integrado por “las investigaciones que llevó a cabo de 1892 a 1894 con el intento de escribir una amplia historia del influjo español en la Italia de la Edad Media y hasta terminar el siglo XVIII”. Pero lo más importante para nosotros es ver cómo agrada a don Miguel el lugar que el pensador italiano concede en su vasta construcción de lo que podríamos llamar totalidad intelectual, a la historiografía misma:

Croce, que enpezó su obra pública con trabajos de erudición literaria y de historia —sobre todo de su propia tierra napolitana—, pasó luego a darnos una concepción total y unitaria de la vida y del universo, o mejor del espíritu, todo un sistema filosófico —el más amplio y a la vez el más lógico y coherente de los brotados de pensador hoy vivo— en sus tres obras: *Estética, Lógica como ciencia del concepto puro y, Filosofía de la práctica: economía y ética*, a las que falta, para cerrarse y concluirse esta nueva presentación de los eternos problemas —que será a su vez arranque de nuevos desarrollos—, una cuarta, anunciada como en preparación ya, la *Teoría e historia de la historiografía*. Y así esta filosofía del espíritu —que es como la llama su autor—, cuya más íntima inspiración procede en parte de fuentes italianas —de Vico y de De Sanctis sobre todo—, pero en mayor parte acaso de Hegel, cuyo pensamiento arraigó y aun floreció y fructificó en Nápoles tanto como en otros suelos espirituales, se corona y termina con la teoría de la historiografía. Y es que para Croce, como para Hegel, todo se resume en el espíritu, *y la vida del espíritu, es decir, el espíritu mismo, es historia*. Lo que se llamó filosofía de la historia fue la flor suprema del hegelianismo.

Y sigue un nuevo ataque contra el positivismo⁷⁹:

Croce representa, en cierto modo, un historicismo en contra del naturalismo de la segunda mitad del pasado siglo XIX, en contra de lo que se llamó positivismo y fue una especie de escolástica que operaba con pseudoconceptos y que, en rigor, *reducía las explicaciones a clasificaciones*⁸⁰.

⁷⁸ Ambas en *La Nación*, a saber *Italianos y españoles en el Renacimiento*, el 24 de diciembre de 1916, y *La decadencia hispano-italiana*, el 1 de enero de 1917; *O.C.*, V, pp. 146-53 y 154-62.

⁷⁹ Este párrafo y el anterior, en *Italianos* cit., pp. 146-7.

⁸⁰ Es curioso notar en este comentario unamuniano a Croce, una cierta reacción contra su concepto del historiador como hombre de pasión. Así, en *Italianos* cit., p. 148: “No es Croce, además, un abogado, quiero decir que no es un espíritu que vaya, a tiro hecho, a buscar argumentos para sostener y defender una tesis previa, un prejuicio, adoptado por el interés de la pasión. No se acerca a la historia como se acerca a ella un político, como a un arsenal de armas con que pelear por su partido. Aspira siempre a comprender, y a comprenderlo todo, y a explicarlo con aquella explicación que lleva ya en sí un valor moral. La parte tercera de la *Lógica*

Pero dejemos ya al Unamuno lector, es decir, re-creador. Porque creemos que sin agotar el tema podemos pasar al Unamuno creador sin más.

Donde don Miguel hace historiografía. "Paz en la guerra"

Paz en la guerra es la única novela de don Miguel que se adapta a la pragmática clásica del género, concretamente a la ambientación paisajística y temporal. Las sucesivas serían esqueletos de novelas un tanto originales, pero que a nosotros, como tales al menos, nos parecen mucho menos logradas. Y es, a la vez, una novela histórica, la de la postrera guerra carlista. Pero de una historia que el autor había vivido de niño, y de la cual puede considerarse testigo presencial. Es decir, que se trata, hasta cierto punto; de una fuente de la historia, de una novela con injerto historiográfico, a diferencia de la mayoría de las novelas históricas, que mucho menos que cualesquiera otras de cierto realismo, como tales fuentes no pueden ni siquiera indirectamente invocarse. Un mes hacía que don Miguel había cumplido nueve años cuando la guerra civil se vivía en Bilbao "por toda España"⁸¹.

Se dan, pues, cita en esta obra, los más entrañables sentires de nuestro rector: su Bilbao, cuya nostalgia le acompañaría siempre, a pesar de su castellanización salmantina; su infancia, a la que tan apegado siempre se mantuvo, haciéndole ver a su propia madre encarnada en su esposa y madre de sus hijos; y la guerra civil, hasta cierto punto una constante en él obsesiva, tal vez con raíces en esa que él viviera en tan tempranos días, regadas incesantemente por los barruntos continuos que de la que conocería sólo en los últimos meses de su vida, no dejaron de agorearse, más o menos increscendo, durante todo el largo intermedio de su existencia⁸².

El tema en su vida y en su obra de la guerra civil, merecería de por sí sólo un libro. El mismo nos dijo que vivió siempre a España en una continua lucha interna. Así el 8 de mayo de 1915, en Valladolid, decía⁸³ refiriéndose a lo que Castilla podía aprender de los poetas catalanes:

como ciencia del concepto puro de nuestro autor, trata de las formas de los errores y la investigación de esta verdad, y en ella es donde Croce establece aquella doctrina tan compacta cuanto terrible del origen práctico de los errores. Es lo que decimos al decir que pasión quita conocimiento. O lo desvía. Y esa pasión puede ser la de la pereza, productora de los más de los errores". Y en *La decadencia* cit., p. 154: "Mas antes conviene referir aquí otra cuestión que suelen proponerse los que estudian y cultivan la historia como una abogacía, o como un arsenal de donde extraen armas para luchas políticas del presente. Es la cuestión de si el dominio de un país sobre otro fue o no beneficioso a éste". Claro está que no pretendemos apuntar aquí contradicción alguna. Pasión no es parcialidad, ni entusiasmo, abogacía a sueldo.

⁸¹ Véase SALCEDO: *Vida* cit., pp. 28-30.

⁸² Véase en E. DÍAZ: *Unamuno. Pensamiento político* (Madrid 1965), el índice ad vocem, p. 876.

⁸³ *O.C.*, VII, p. 884.

El alma común española, concebida y elaborada en controversia, en contradicción, en guerra civil, se está siempre haciendo. Cada uno de sus yos aspira, sabiéndolo o sin saberlo, a la hegemonía, y no hay que dolerse de ello. ¡Desgraciado el país que no vive de esa agitación intestinal! ¡Desgraciado el país que se sume en una paz civil adormecedora!

Y concretamente, refiriéndose a las guerras civiles del siglo que le viera nacer, y en la cual transcurriría la de su novela ⁸⁴:

Se ha hablado como de una de las desgracias de España, de sus guerras civiles, motines, pronunciamientos, asonadas y revoluciones durante el pasado siglo XIX. Y yo estoy persuadido de que si no hubiese sido por todos estos combates de parto, estaríamos aún mucho más atrasados de lo que parecemos estar y acaso estamos.

Y en otra ocasión, y en idéntico sentido ⁸⁵:

Y yo, además, que tuve acunada mi infancia por el fragor de la guerra civil y que acabé mi primera enseñanza y entré en la segunda oyendo el estampido de las bombas, creía, como sigo creyendo, en la eficacia moral de esas luchas y en la torpeza de los compromisos ⁸⁶.

Y todavía:

Formóse en nuestra niñez y mocedad nuestro espíritu ahí, en esa bendita tierra vascongada, fecundada para su futura historia por dos guerras civiles, en plena guerra civil. Y así llegamos al alma de nuestro pueblo, así llegó el alma de nuestro pueblo a nosotros. ¡Benditos aquellos años del 72 al 76, que nos descubrieron lo mejor de nuestro pueblo, lo que le ha de hacer entrar de lleno en la historia! ⁸⁷

En los años de la segunda república, cuando se refiere al tema, adopta ya otro tono, más trágica y justificadamente agorero y temeroso. Pero ahí quedan esos anteriores. Y para nosotros ahora como un dato de lo que Unamuno valoró la contienda de que haría, no ya sólo el argumento, sino el protagonista nos atreveríamos a decir de esta su novela —historiografía, mejor que novela histórica—, para no exponernos a confusionismo al-

⁸⁴ *La triste paz de la mujer estéril*, en *Nuevo Mundo*, 5 de junio de 1915; *O.C.*, V, p. 666.

⁸⁵ Discurso universitario en memoria del catedrático don Luis Rodríguez Miguel; *O.C.*, VII, p. 911.

⁸⁶ Cf. en un tono polémico regionalista, J. FUSTER: *Las originalidades. Maragall y Unamuno frente a frente* (Santiago de Chile 1964), en que contraponen el vasco y el catalán como personajes de guerra y de paz civil respectivamente.

⁸⁷ *El pueblo vasco en la historia*, en *Hermes*, de Bilbao, II, núm. 26 (1918); *O.C.*, VI, p. 370.

guno al llevar a cabo nuestro propósito de darla en este trabajo una cierta extensa cabida.

Publicóse la novela en 1897. Y veintiséis años después, nos confesaba don Miguel al prologar su segunda edición⁸⁸, haberla escrito "en mis mocedades de los treinta y dos años de vida y de ensueño":

Aquí en este libro —que es el que fui— encerré más de doce años de trabajo; aquí recogí la flor y el fruto de mi experiencia de niñez y de mocedad; aquí está el eco, y acaso el perfume, de los más hondos recuerdos de mi vida del pueblo en que nací y me crié; *aquí está la revelación que me fue la historia y con ella el arte*⁸⁹.

Notemos cómo ya en este párrafo liminar y posterior se encuentran esas dos constantes unamunianas de la simbiosis del psicologismo y la sociología, por mucho que expresamente y en una de sus manidas acepciones sólo a la segunda despreciase, y la concepción de la intrahistoria como biografía colectiva del pueblo, una parcela de la cual no es otra cosa que *Paz en la guerra* misma.

Y acto seguido, al relacionar historiografía y estética, él mismo reconoce⁹⁰ haber allí hecho obra de historiador:

*Esta obra es tanto como una novela histórica, una historia anovelada. Apenas hay en ella detalle que haya inventado yo. Podría documentar sus más menudos episodios [...] lo que se pensaba, se sentía, se soñaba, se sufría y se vivía en 1874, cuando brizaban mis ensueños infantiles los estallidos de las bombas carlistas [...] este relato del más grande y más fecundo episodio nacional*⁹¹.

Y al final, escribía⁹² así, a propósito del enraizamiento de su tema en esa su constante de la guerra civil:

En el seno de la paz verdadera y honda es donde sólo se comprende y justifica la guerra; es donde se hacen sagrados votos de guerrear por la verdad, único consuelo eterno; es donde se propone reducir a santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz en la guerra misma.

⁸⁸ Notemos la edición, muy eruditamente introducida, de J. DE ENTRAMBASAGUAS, en *Las mejores novelas contemporáneas*, I (1895-1899) (Madrid 1957). Véase la regesta de ediciones y traducciones y bibliografía específica, en *O.C.*, II, pp. 45-8. En lo sucesivo, citaremos por esta última edición, a base del capítulo de la novela en romanos, y la paginación en árabes, sin otra indicación.

⁸⁹ *O.C.*, II, p. 71.

⁹⁰ Sólo en este caso podemos acordar a la opinión de García Morejón, de haber hecho don Miguel labor de historiador, *Unamuno* cit., p. 309.

⁹¹ *O.C.*, II, pp. 72-3.

⁹² V, 417.

No hemos tenido la intención, ni sería lugar aquí⁹³ de analizar todo el contenido de tan rica obra, ni siquiera con vistas a la labor de veras "historiográfica" que en ella nuestro autor realizó. Pero sí queremos dar unos ejemplos de la misma, en cuanto ilustran, en su creación, que no ya sólo en sus re-creaciones literarias, lo que de su postura en este ámbito atrás dejamos dicho.

Así, la callada sucesión de los días del chocolatero bilbaíno Pedro Antonio Iturriondo, es un poco la corriente anónima y suave inmersa en la cual el pueblo vive la intrahistoria que protagoniza:

En la monotonía de su vida gozaba Pedro Antonio de la novedad de cada minuto, del deleite de hacer todos los días las mismas cosas, y de la plenitud de su limitación [...], de una vida de trabajo oscura y silenciosa, en la soledad de sí mismo y no en la apariencia de los demás. Fluía su existencia como corriente de río manso, con rumor no oído y de que no se daría cuenta hasta que se interrumpiera. [...] Su ojos habían recorrido en calma aquel recinto⁹⁴ durante años, dejando en cada uno de sus rinconcillos el imperceptible nimbo de un pensamiento de paz y de trabajo; en cada uno de ellos dormía el eco vaguísimo de momentos de vida olvidados de puro ser iguales todos, y todos silenciosos⁹⁵.

Y es la misma intrahistoria la que late bajo los postreros anhelos de Juan José, uno de los amigos de infancia de Ignacio, ya nacionalistas vascos, fueristas como don Miguel dice, luego del resultado de la contienda⁹⁶:

Siéntense las generales corrientes étnicas que sacuden a toda Europa. Por debajo de las nacionalidades políticas, simbolizadas en banderas y glorificadas en triunfos militares, obra el impulso al disloque de ellas en razas y pueblos más de antiguo fundidos, antehistóricos, encarnados en lenguajes diversos y vivificados en la íntima comunión privativa de costumbres cotidianas peculiares a cada uno; impulso que la presión de aquéllas encauza y endereza. Es el inconciente anhelo a la patria espiritual, la desligada del terruño; es la atracción que, *sintiendo los pueblos hacia la vida silenciosa de debajo del tumulto pasajero de la historia*, los empuja a su redistribución natural, según originarias diferencias y analogías, a la redistribución que permita el futuro libre de agrupamiento de todos ellos en la gran familia humana; es, a la vez, la vieja lucha de razas, fuente de civilización. *Tales corrientes étnicas de debajo de la historia* son las que, aunándose al proceso de las grandes nacionalidades históricas, hijas de la guerra y de ella sustentadoras, las impele al concierto de que haya de surgir la humanidad pacífica. *Por dentro de los grandes orga-*

⁹³ Preparamos la edición bibliófila de la novela para la colección "El cofre del bilbaíno".

⁹⁴ El de su pequeña tienda, "en una de las llamadas en Bilbao siete calles, núcleo germinal de la villa".

⁹⁵ I, 78-9.

⁹⁶ V, 405-6.

nismos históricos palpita su carne, luchando por diferenciarse según la varia distribución de sus elementos originarios; en los suelos nacionales, hipoteca de los tenedores de las deudas públicas, alienta la vieja alma de las antiguas tribus errantes, que se asentaron en un tiempo en campos de propiedad común. Los pueblos, que forman las naciones, empujan a éstas a integrarse, disolviéndose en el pueblo.

Expresamente nos descubre don Miguel cómo su menosprecio de la historia evenemencial y su concepción de la intrahistoria, tienen sus raíces, y esto es muy actual, en la indiferencia para el pueblo y del pueblo hacia la primera. Así, comenta después de la misa dominical en la aldea que hablaba vascuence, de la vida y las conversaciones de aquellos campesinos⁹⁷:

Hablaban ellos entre sí de los cuidados de su vida, y preguntaban a Ignacio, como a forastero, de Bilbao, por la marcha de los sucesos políticos, que parecían, sin embargo, interesarles muy poco. El día de la Gloriosa había sido para ellos como los demás días, como los demás sudorosos sobre la tierra viva que engendra y devora hombres y civilizaciones. *Eran los silenciosos, la sal de la tierra, los que no gritan en la historia.*

[...] Dependían de su tierra y de su brazo, sin más mediador entre aquélla y éste que el amo, cuyo derecho de propiedad acataban sencillamente, cual un misterio más, tan natural como los sucesos todos diarios, a él sometidos como al yugo sus bueyes, borrada en la memoria colectiva la memoria del arranque de la historia, cuando nacieron gemelas la esclavitud y la propiedad, como estaba borrada en cada uno de ellos la del momento primero en que abrieron llorando su pecho al aire de su vida.

Y en el mismo sentido, y para la misma aldea y los mismos callados personajes campesinos, ya en la guerra⁹⁸:

Fuese a casa de su primo Toribio, el mismo a cuya boda asistiera. Tenían ya un hijo, que berreaba en su cuna mientras los padres sudaban en la heredad, inocentes del curso de la historia, y a oscuras respecto a lo que fuese la guerra. Para ellos había guerra como pudiera haber tronada, o un año de sequía, o de epidemia en el ganado. ¡Los *negros* tenían la culpa de todo! Y lo peor de la guerra era la saca de raciones, el lento saqueo en los graneros del labrador pacífico, que maldito si entendía jota de la negrura de los negros, ni de la blancura de los blancos.

Por su parte, Rafaela Arana, hija de familia liberal y un tanto secreta debilidad de Ignacio, se soliloquia⁹⁹:

⁹⁷ I, 155-6.

⁹⁸ II, 200-1.

⁹⁹ III, 294.

¿A qué conducía todo aquello? ¿Para qué aquel destrozo? Liberales, carlistas, republicanos, monárquicos, radicales, conservadores, progresistas..., libertad de cultos, unidad católica, sufragio universal... ¡cosas de hombres! Y decían defender la religión, ¿qué entenderán por religión los hombres? ¡La religión! ¡El reino dulce de la paz! ¡El impulso constante a hacer un solo hogar del mundo todo! Cuando ella iba a misa, cuando se recogía en el claustro de Santiago a verter los más íntimos hábitos de su alma, ¿qué le importaba de todas aquellas cosas de hombres, por las que peleaban los defensores aquellos de la religión?

Y muy poco después¹⁰⁰:

Rafaela, excitada por la escena de aquella tarde¹⁰¹, sentía a ratos renacer en ella el espíritu medroso de su pobre madre, mas pronto lo ahogaban sentimientos de irritación y de odio contra aquellos hombres que guerreaban, y una idea, tan profunda como inconciente, de lo estúpido de la guerra, de lo estúpido y brutal de aquellas cosas de hombres. ¡Cosas de hombres! De hombres a quienes no ha vivificado la religión, el espíritu de la familia que identifica en sí lo varonil y lo femenino. Habían herido a Concha, a la pobre Concha, insustancialmente, sin que ello viniera a cuenta. Esos hombres juegan a la guerra como los niños, y se empeñan luego en que las pobres mujeres les crean que pelean por cosas serias.

Lo evenemencial, por otra parte, y como tal indiferente al pueblo, único protagonista de la intrahistoria unamuniana, no alcanza sólo a los acontecimientos, sino también a los mismos programas políticos. Y así, reflexiona Ignacio¹⁰² al encontrarse en el frente a Celestino, carlista de casino, con galones y espada de oficial:

Y entonces comprendió oscuramente, en las honduras de su espíritu, sin conciencia clara de tal comprensión, la vacuidad de las ideas clasificables, lo hueco de la palabrería de todo programa.

Por otra parte, en sus tiempos del casino, el tal Celestino sí que era un entusiasta discursador y enamorado de la tal aparente historia evenemencial¹⁰³:

El pasado se sometía a los silogismos, aquel pasado de los recopiladores de noticias impresas, a los que tanto admiraba. Así es que aunque con reservas y distingos, desdeñaba la filosofía pura y exaltaba a la historia, maestra de la vida. "*¡Estos son los hechos!*", exclamaba al citar *noticias de hechos, palabras impresas, puros relatos de meros sucesos*, y creyéndose capaz de construir con ellos en su magín, históricamente y

¹⁰⁰ III, 301.

¹⁰¹ Consecuencias cruentas de un bombardeo.

¹⁰² II, 184.

¹⁰³ I, 125.

con letras de molde, una máquina política a la antigua española, despreciaba a los que construían filosóficamente una Constitución a la manera francesa, motejándoles de jacobinos.

Más de notar todavía es el pasaje en el cual, Pachico Zabalbide, quien encarna precisamente un poco al autor, intuye oscuramente, por debajo de las superestructuras, los determinantes de la Historia ¹⁰⁴:

Les dijo que todos tiene razón y que no la tiene nadie, y que lo mismo se le daba de blancos que de negros, que se movían en sus casillas como las piezas del ajedrez, movidos por jugadores invisibles; y que él no era carlista, ni liberal, ni monárquico, ni republicano, y que lo era todo.

Sólo en el plano que hoy llamaríamos de la Historia de las mentalidades, cabe una cierta realidad, en la influencia en lo individual de lo colectivo evenemencial, que aunque solo superficialmente puede entrar en la historia consagrada. Así, en los recuerdos de Pedro Antonio, a propósito de la anterior guerra carlista, en la que había tomado parte ¹⁰⁵:

Hecho el Convenio volvió, dejando el fusil ahumado, a empuñar en Bilbao el majadero, y la guerra de los Siete Años vivificó la vida, nutriéndosela de un tibio ideal hecho carne en un mundo de recuerdos de fatiga y gloria.

Pero en los tales recuerdos mismos, no se le oculta que el pueblo fue el auténtico protagonista de los sucesos, a los cuales, y protagonizados sólo por unos pocos, los libros al uso reducían la Historia:

Y era, sobre todo, al oírle referir el Convenio de Vergara, cuando Morato y Espartero se abrazaban en medio de los sembrados y entre los viejos ejércitos que pedían a voces una paz tan dulce tras tanto y tan duro guerrear. ¡Cuánto polvo habían tragado!

Ya hemos notado antes la distinción unamuniana entre "hechos" y "sucesos" en la historia. Los últimos serían los predilectos de la historia evenemencial, mientras en los primeros podríamos atisbar lo que la historiografía moderna llama "larga duración" ¹⁰⁶. He aquí ¹⁰⁷, a ese propósito, una descripción de la Gloriosa de 1868 en Bilbao mismo:

Un teniente de carabineros y un par de militares gritaban en la segunda fila de los bancos del Arenal. "¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones!" En el Suizo entraba y salía gente, discutiéndose mucho en corrillos. En-

¹⁰⁴ I, 135.

¹⁰⁵ I, 77.

¹⁰⁶ Véase F. BRAUDEL: *La historia y las ciencias sociales* (Madrid 1968), pp. 60-106.

¹⁰⁷ I, 120.

tonces sintió Ignacio un apretón, y oyó la voz de Juanito, que exclamaba alegremente: "¡Ahora se respira!" *El aire estaba igual que siempre.*

Se sacó la música y recorrió las calles de la villa tocando el himno de Riego, precedida de una banda de chiquillos. *Aquellas notas despertaban un mundo en algunos viejos, y hacían retozar el alma a los chicuelos.*

Es interesante, en la descripción de la guerra misma, la contraposición entre el instinto partisano, de bandas instintivas y desorganizadas, de los soldados, y el encuadramiento oficial de estos en formaciones militares más administrativas que otra cosa, desde el punto de vista de aquéllos. De ahí la decepción del protagonista, que con tanto entusiasmo había se alistado voluntario ¹⁰⁸:

Ignacio estaba desasosegado. ¿Qué era aquel buen golpe que les detuvo en su embestida? ¿A qué obedecía aquel retirarse al monte ¹⁰⁹, abandonando los pueblecitos, antes del choque, sin llegar a ver un enemigo? Nada de encontrarse frente a frente, nada de choque caliente y vivo. Mas, ¿es que las pedreas se convierten en *trompadeo*? Viéense a las manos los hombres, en odio mutuo, no las masas humanas. Aquello no era lo soñado; no guerreaban ellos, les hacían guerrear los jefes, jugando con sus soldados al ajedrez. Por eso ansiaban tantos las cargas a la bayoneta, las embestidas al arma blanca, el duelo colectivo. Nunca serían por completo un ejército, siempre bandas de guerrilleros; no les había recibido un encasillado de jerárquica disciplina y tradiciones tácticas, habían ellos mismos creado la hueste de voluntarios de la causa; no se habían educado en complicadas evoluciones en vastas llanadas, habíanse formado en marchas y contramarchas por la montaña libre, accidentada, llena de emboscadas y escondites, hecha para la sorpresa.

Pero, lo comprobamos ya atrás, en la Historia de las mentalidades no deja de haber algún reflejo, cierto que no al modo de la retórica oficial, de los hechos, incluso de los sucesos —ahora en plena terminología unamuniana— de la Historia colectiva, esquematizada en la evenemenial. Así en la mocedad de Ignacio ¹¹⁰:

A la evocación de los relatos de su padre dibujábanse en el alma de Ignacio extractos de hombres y de cosas, figuras buriladas, y se alzaba en su pecho clamoreo de viejas luchas, brotando en su interior el mundo, su mundo, el mundo de la verdad, muy distinto del que se le filtraba por los sentidos, del de la mentira ¹¹¹.

¹⁰⁸ II, 226-7.

¹⁰⁹ El "sombrío" Montejurra.

¹¹⁰ I, 95.

¹¹¹ Cf. la cita correspondiente a la nota 108.

Y ese pasado entrevisto en los relatos paternos de Ignacio, se enlazaba en el padre con las aprensiones del porvenir, el que había de llevarle al hijo mismo a una segunda edición de la guerra que era el meollo de aquéllos ¹¹²:

Al separarse ¹¹³ pensaban vagamente en el porvenir, en la lucha que iba a entablarse entre la voluntad nacional, aferrada a las entrañas del pueblo y amasada en la tradición, y la razón revolucionaria ¹¹⁴, aguijoneada por nuevos y desasosegados pruritos.

Y de nuevo, la autenticidad de la Historia de las mentalidades, la que sin así, naturalmente, denominarla, comprende hondamente don Miguel, al valorar la impronta de los pliegos de cordel en el mundo interior de Ignacio ¹¹⁵:

Eran el sedimento poético de los siglos, que después de haber nutrido los cantos y relatos que han consolado de la vida a tantas generaciones, rodando de boca en oído y de oído en boca, contados al amor de la lumbre, viven, por ministerio de los ciegos callejeros, en la fantasía, siempre viva, del pueblo.

Y ya es hora de terminar. Creemos poder sostener sin hipérbole, y hasta sin metáfora, que si hubo un Unamuno re-creador de lecturas historiográficas, también existió el creador de literatura historiográfica, el historiador de su *Paz en la guerra*. ¿Y acaso toda su vida interior no fue eso, una paz vivida en su guerra?

ANTONIO LINAGE CONDE

Sección de Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Salamanca, febrero de 1971

¹¹² I, 97.

¹¹³ De los otros componentes de la tertulia de su chocolatería.

¹¹⁴ Era antes e inmediatamente de 1868.

¹¹⁵ I, 98.